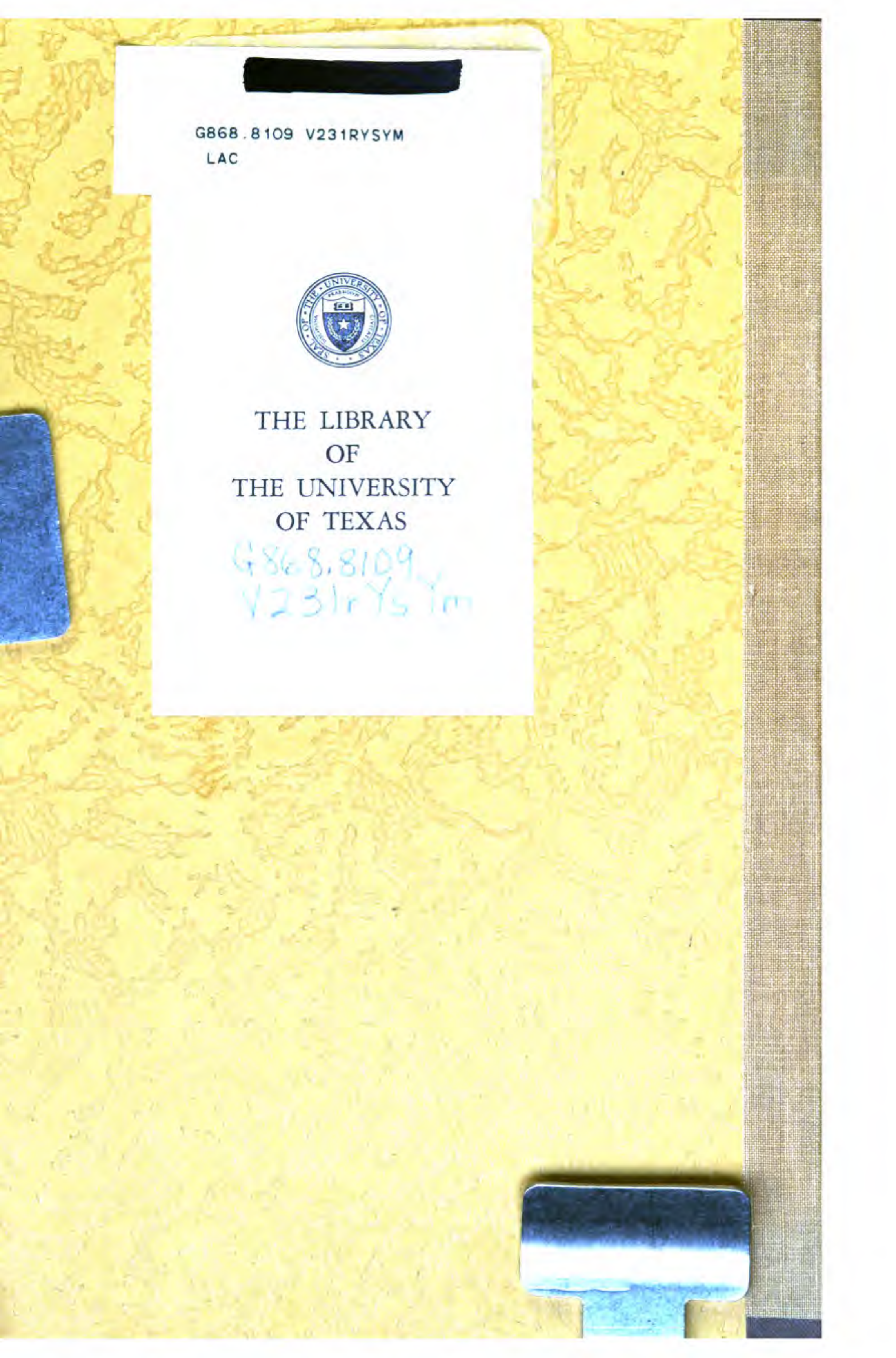
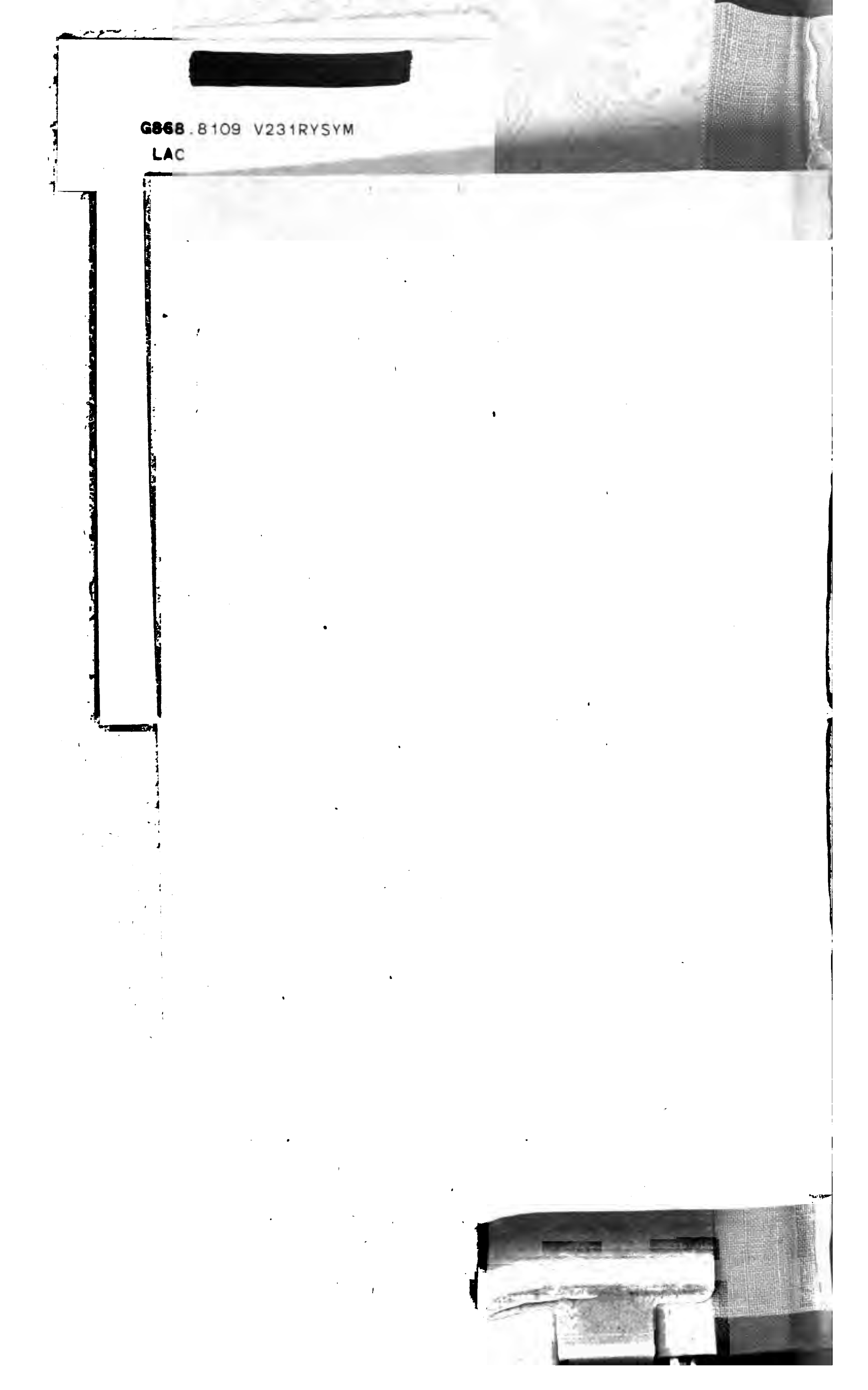



Gaylord
GAYLAMOUNT®
PAMPHLET BINDER
Syracuse, N.Y.
Stockton, Calif.





GERVASIO MUÑOZ RIVERA

VALBUENA

Y SU CRITICA

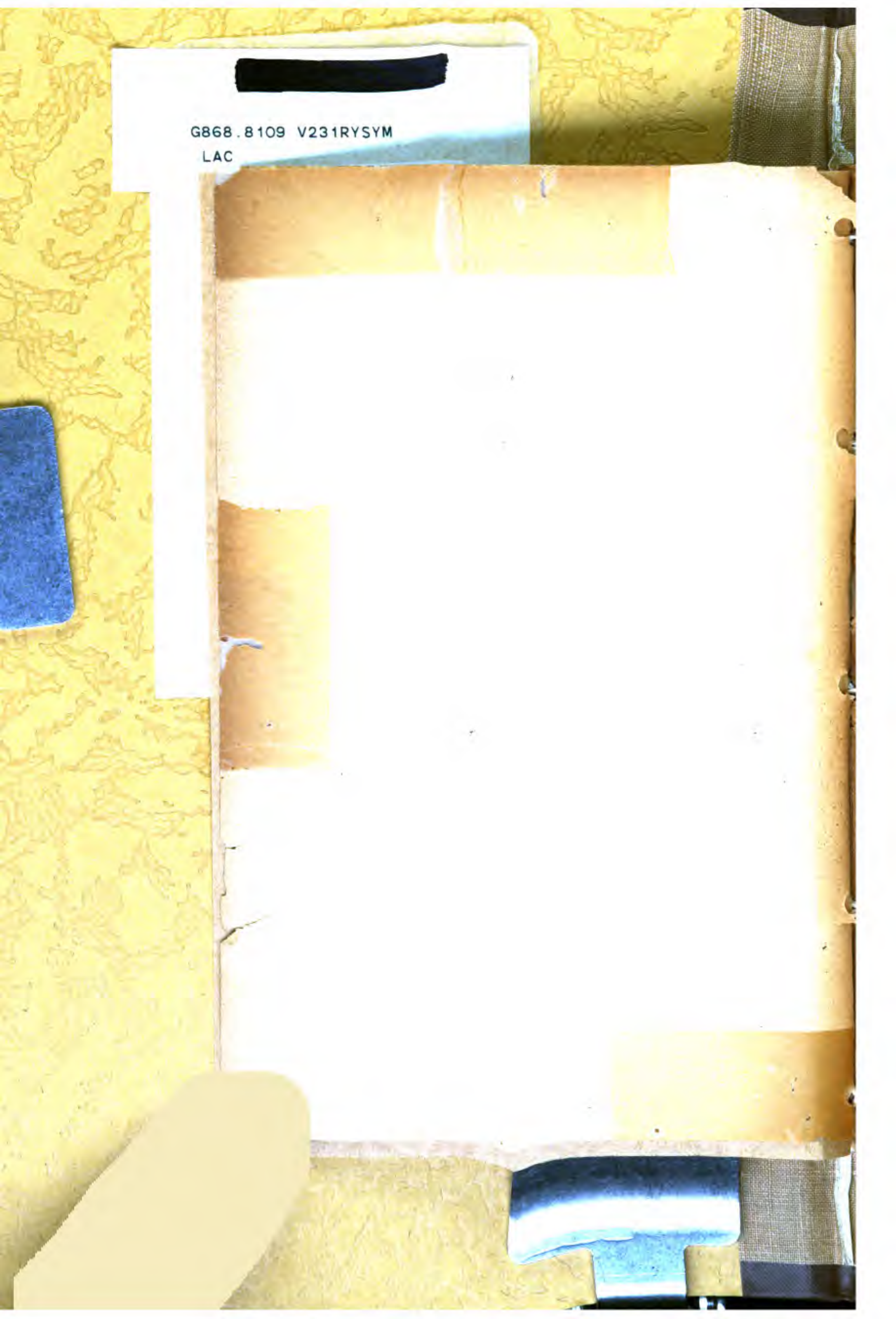


BUENOS AIRES

Libreria y Papeleria de Urbano Rivero

Victoria 968

1894


[redacted]



AL LECTOR

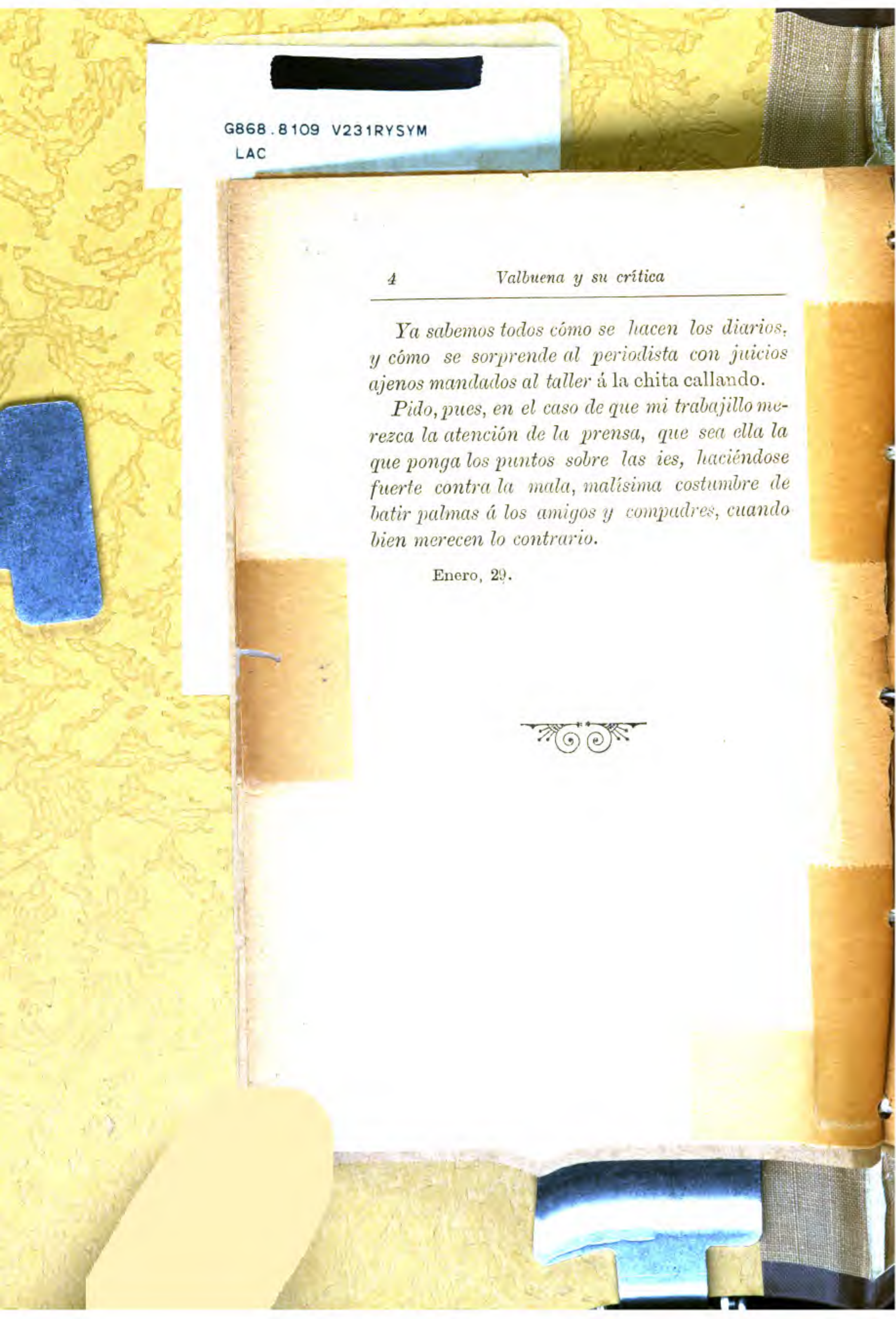
He esperado hasta ahora que alguien se tomara la molestia de contestar, destruyendo, lo que se dice y afirma en "Valbuenismos y Valbuenadas," folleto de don Abel de Sorralto. Nadie lo ha hecho, y como es preciso que se haga, yo me tomo este trabajo—porque pienso que no debe despreciarse nada por insignificante que ello sea.

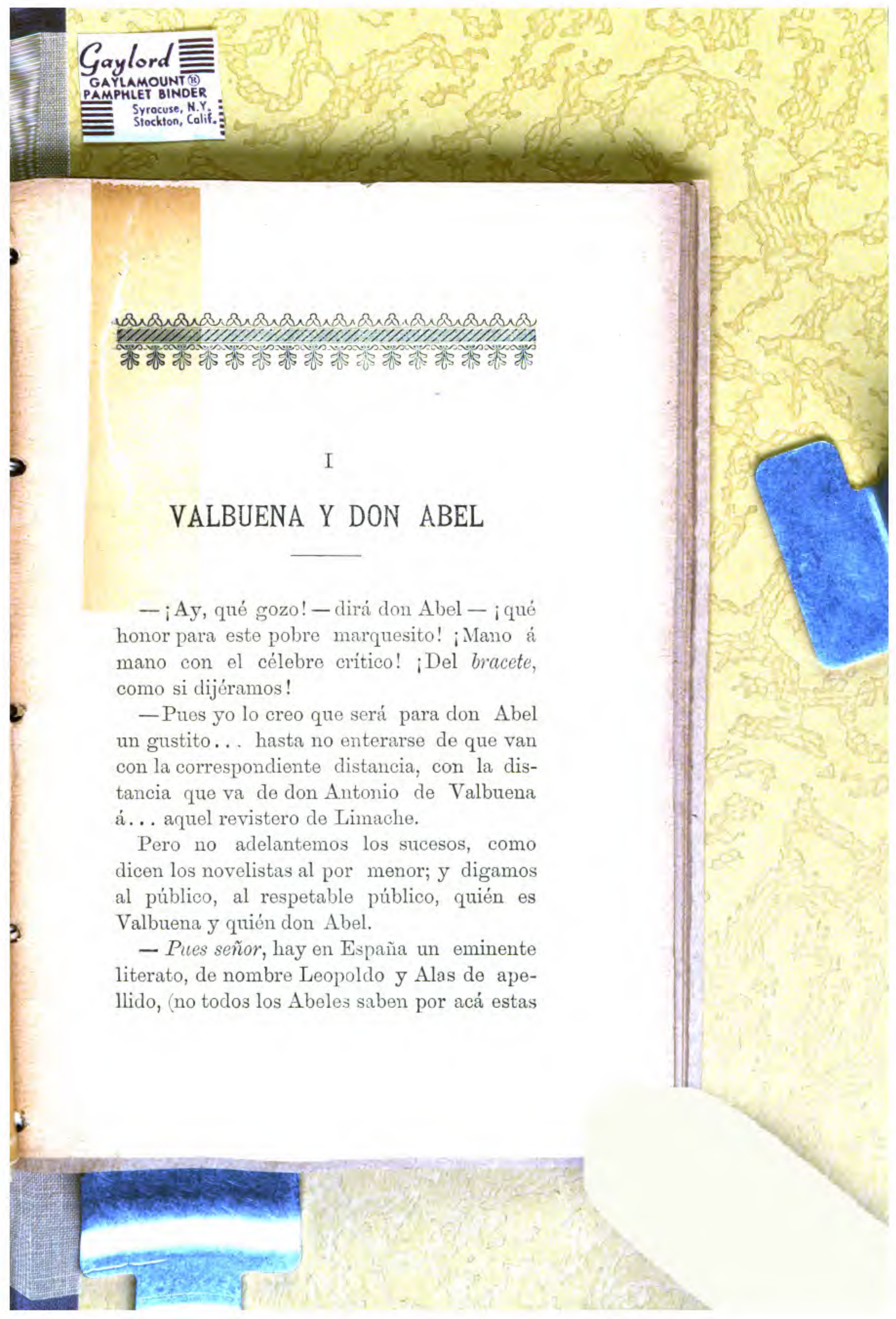
La prensa, en general, ha aplaudido este librejo, como así le llama su autor; pero esto no quiere decir que don Abel tenga razón. Los diarios y periódicos, salvo excepciones honrosas, poco tiempo dedican á estas cosas, y hablan de ellas sin mayor conocimiento que el de una lectura lijera, y esto cuando leen, que se dan casos de hablar.... sin haber leido.

Ya sabemos todos cómo se hacen los diarios, y cómo se sorprende al periodista con juicios ajenos mandados al taller á la chita callando.

Pido, pues, en el caso de que mi trabajillo merezca la atención de la prensa, que sea ella la que ponga los puntos sobre las ies, haciéndose fuerte contra la mala, malísima costumbre de batir palmas á los amigos y compadres, cuando bien merecen lo contrario.

Enero, 29.





I

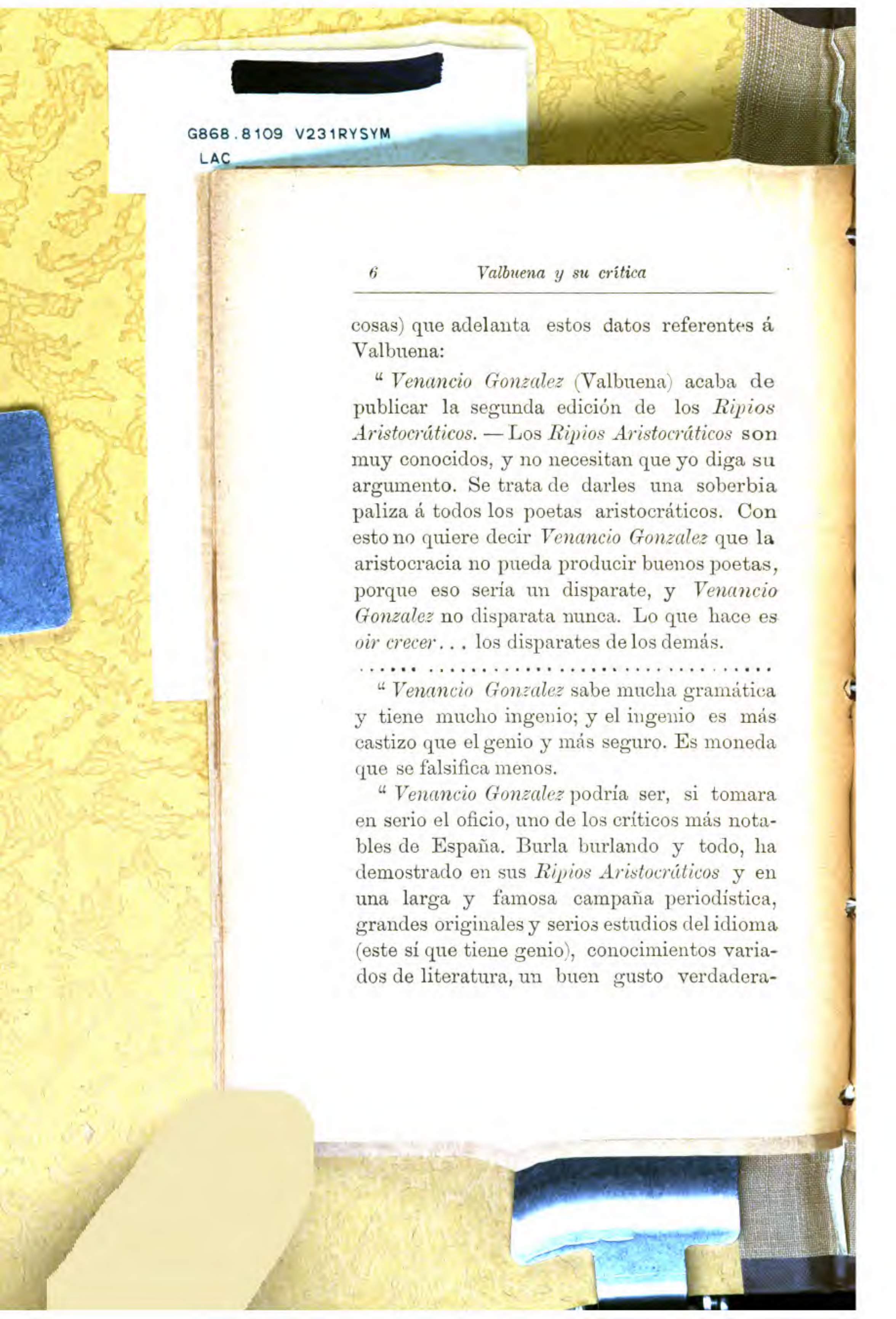
VALBUENA Y DON ABEL

—¡Ay, qué gozo!—dirá don Abel—¡qué honor para este pobre marquesito! ¡Mano á mano con el célebre crítico! ¡Del *bracete*, como si dijéramos!

—Pues yo lo creo que será para don Abel un gustito... hasta no enterarse de que van con la correspondiente distancia, con la distancia que va de don Antonio de Valbuena á... aquel revistero de Limache.

Pero no adelantemos los sucesos, como dicen los novelistas al por menor; y digamos al público, al respetable público, quién es Valbuena y quién don Abel.

—*Pues señor*, hay en España un eminente literato, de nombre Leopoldo y Alas de apellido, (no todos los Abeles saben por acá estas



cosas) que adelanta estos datos referentes á Valbuena:

" *Venancio Gonzalez* (Valbuena) acaba de publicar la segunda edición de los *Ripios Aristocráticos.* — Los *Ripios Aristocráticos* son muy conocidos, y no necesitan que yo diga su argumento. Se trata de darles una soberbia paliza á todos los poetas aristocráticos. Con esto no quiere decir *Venancio Gonzalez* que la aristocracia no pueda producir buenos poetas, porque eso sería un disparate, y *Venancio Gonzalez* no disparata nunca. Lo que hace es *oir crecer*. . . los disparates de los demás.

. . . .

" *Venancio Gonzalez* sabe mucha gramática y tiene mucho ingenio; y el ingenio es más castizo que el genio y más seguro. Es moneda que se falsifica menos.

" *Venancio Gonzalez* podría ser, si tomara en serio el oficio, uno de los críticos más notables de España. Burla burlando y todo, ha demostrado en sus *Ripios Aristocráticos* y en una larga y famosa campaña periodística, grandes originales y serios estudios del idioma (este sí que tiene genio), conocimientos variados de literatura, un buen gusto verdadera-

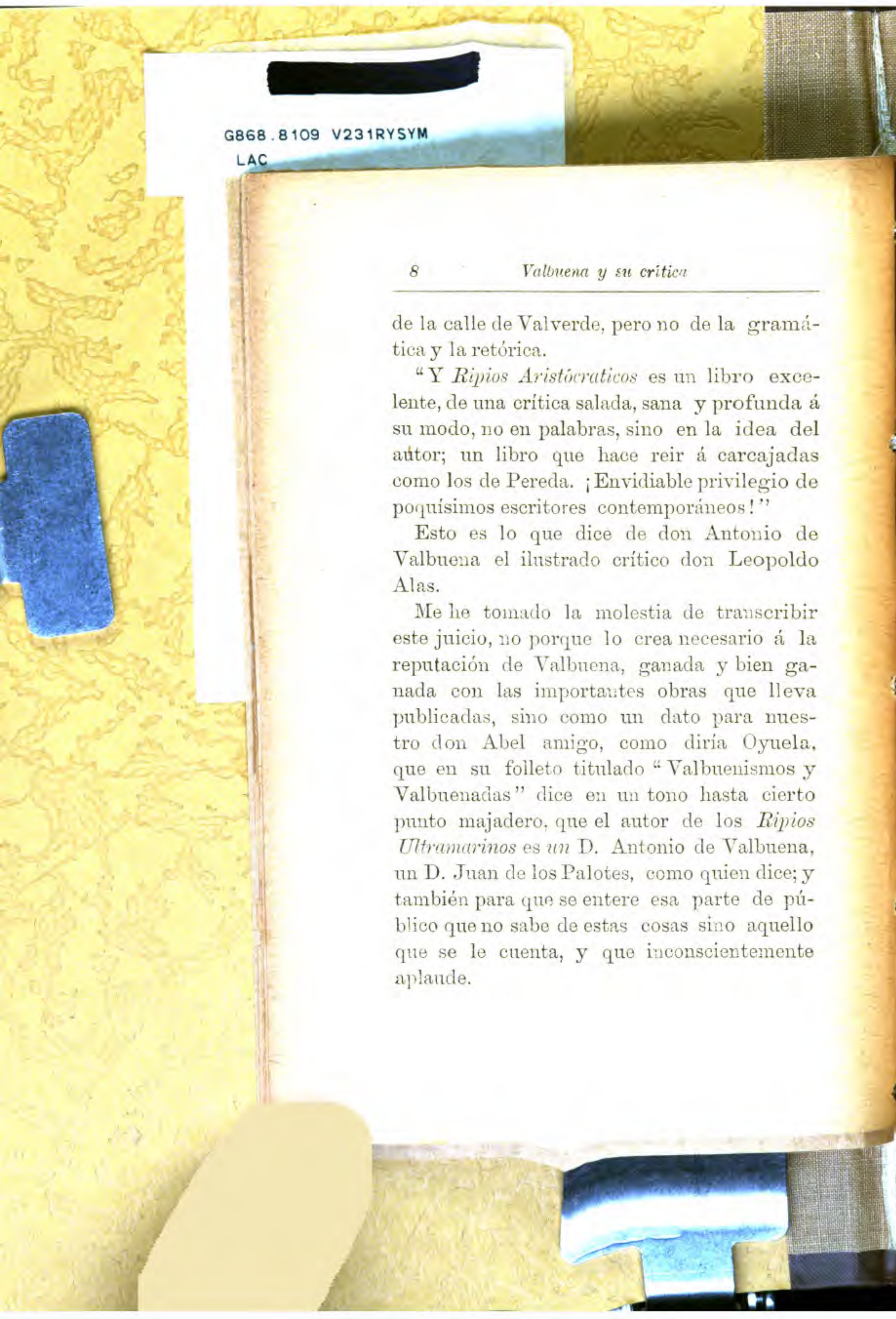
mente excepcional entre nosotros, pues el buen gusto es lo que menos se suele ver por estos críticos de Dios; y además de todo esto, *Venancio Gonzalez* ha probado que sabe escribir con gracia, con soltura; que es un escritor satírico tal como le piden nuestra lengua y nuestra raza.

....

Venancio Gonzalez tiene siete mil veces razón para poner en ridículo los versos malos de la nobleza más ó menos apergaminada, como tendrá razón mañana también para poner en solfa los versos de los académicos y los de la plebe que escriba disparates. ¿Que mucha gente pone el grito en el cielo al ver el desenfado de mi amigo? Mejor. Eso es lo que hace falta, que les duela.

....

"En resumen, *Venancio Gonzalez* no es un gacetillero desfachatado, como ha venido á decir Cañete; es un escritor correcto, fácil, gracioso y franco, que tiene dentro de sí un hombre noble, valiente, de buena fé, y un crítico de gusto delicado. Detesta el estilo cursi, soso y pseudo-clásico de muchos académicos y deja correr la pluma con libertad, saliéndose



de la calle de Valverde, pero no de la gramática y la retórica.

"Y *Ripios Aristócraticos* es un libro excelente, de una crítica salada, sana y profunda á su modo, no en palabras, sino en la idea del autor; un libro que hace reir á carcajadas como los de Pereda. ¡Envidiable privilegio de poquísimos escritores contemporáneos!"

Esto es lo que dice de don Antonio de Valbuena el ilustrado crítico don Leopoldo Alas.

Me he tomado la molestia de transcribir este juicio, no porque lo crea necesario á la reputación de Valbuena, ganada y bien ganada con las importantes obras que lleva publicadas, sino como un dato para nuestro don Abel amigo, como diría Oyuela, que en su folleto titulado "Valbuenismos y Valbuenadas" dice en un tono hasta cierto punto majadero, que el autor de los *Ripios Ultramarinos* es *un* D. Antonio de Valbuena, un D. Juan de los Palotes, como quien dice; y también para que se entere esa parte de público que no sabe de estas cosas sino aquello que se le cuenta, y que inconscientemente aplaude.

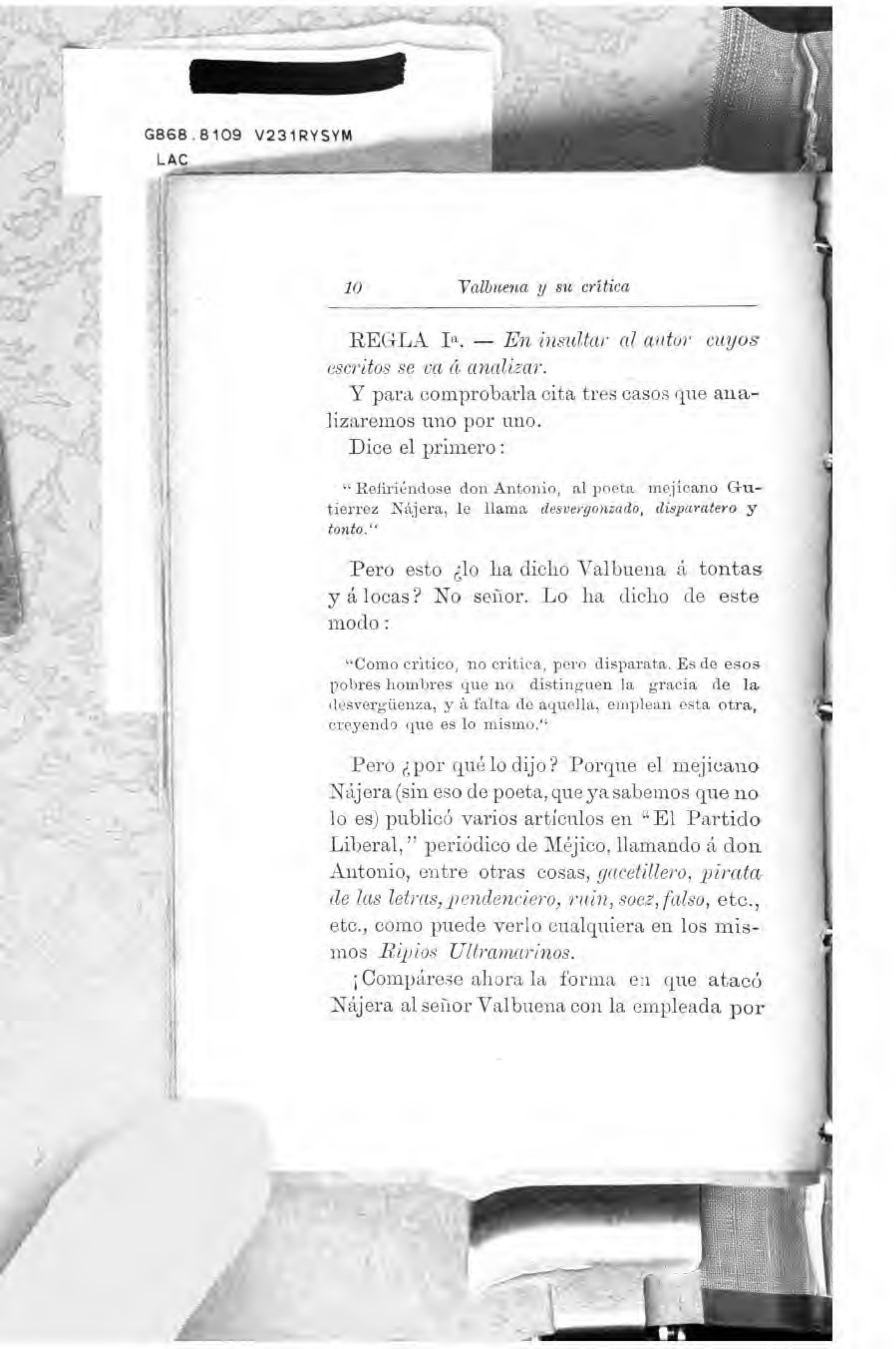
Por la transcripción conocemos ya quién es el ilustrado crítico D. Antonio de Valbuena, así como del contexto del párrafo anterior tenemos noticia de que don Abel no es otra cosa que autor del folletito titulado "Valbuenismos y Valbuenadas," y nada más. Puede entonces impunemente llamar al señor Valbuena *loco-bufón* de las letras castellanas, porque lo que es don Abel no tiene sitio en las letras americanas ni siquiera como bufón. Esto hoy por hoy, que más adelante, seguramente... tampoco. Esta es al menos la opinión de los lectores *sin monóculo* del folleto.

Ahora veamos cómo don Abel redujo el método ó procedimiento empleado por el señor de Valbuena, no sin costarle su poco de *paciencia, atención y buena voluntad*, como aquel otro que descubrió que

> con paciencia y saliva
> se le cuentan los pelos á una hormiga.

Y llamó reglas don Abel á estas diez verdaderas supercherias, fruto de las profundas cavilaciones en que le sumergió el peso de su bagaje literario.

Entremos á su estudio, siguiendo el órden que don Abel observa.



REGLA I^a. — *En insultar al autor cuyos escritos se va á analizar.*

Y para comprobarla cita tres casos que analizaremos uno por uno.

Dice el primero:

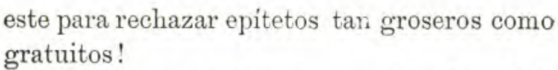
"Refiriéndose don Antonio, al poeta mejicano Gutierrez Nájera, le llama *desvergonzado, disparatero* y *tonto.*"

Pero esto ¿lo ha dicho Valbuena á tontas y á locas? No señor. Lo ha dicho de este modo:

"Como crítico, no critica, pero disparata. Es de esos pobres hombres que no distinguen la gracia de la desvergüenza, y á falta de aquella, emplean esta otra, creyendo que es lo mismo."

Pero ¿por qué lo dijo? Porque el mejicano Nájera (sin eso de poeta, que ya sabemos que no lo es) publicó varios artículos en "El Partido Liberal," periódico de Méjico, llamando á don Antonio, entre otras cosas, *gacetillero, pirata de las letras, pendenciero, ruin, soez, falso*, etc., etc., como puede verlo cualquiera en los mismos *Ripios Ultramarinos.*

¡Compárese ahora la forma en que atacó Nájera al señor Valbuena con la empleada por



este para rechazar epítetos tan groseros como gratuitos!

Y decimos gratuitos, porque el señor Valbuena nunca se había ocupado en nada referente á Nájera, ni para bien, ni para mal, hasta el momento este de tener que llamarle desvergonzado, disparatero y tonto.

El caso de Nájera es idéntico al suyo, don Abel de mis pecados, que sin motivo personal alguno que pudiera *explicar* siquiera su conducta, se sube á la azotea para decir del más castizo crítico español moderno que es *un loco-bufón de las letras castellanas!*

—¡Don Abel, don Abel! ¿Le causaría sorpresa que mañana don Antonio de Valbuena aplicara á usted los epítetos que al mejicano Nájera?

¡Sería candidez la suya!

EJEMPLO SEGUNDO:

"A Oyuela le dice *necio*, y le amenaza con *tirarle sus versos á los ocicos.*"

No, señor. Valbuena no dice que Oyuela sea un necio. Don Abel, sí, lo dice, y allá se las componga con don Calixto.

Y en la demostración está la prueba. (Sentencia de Pero Grullo).

Canta don Calixto:

> *Mas ellos* (suple necios) seguirán *rimando* en *vano*,
> Escribiendo novelas alevosas
> Y *violando* la crítica: que el *necio*
> Y *vulgar* escritor, el *falso* artista,
> No cesará jamás de hacer *borrones*
> Mientras tinta y papel fabrique el mundo.
> ¿Qué remedio? Es la ley....

Y don Antonio, que no cree en semejante fatalidad, y que sabe, como dos y dos son cuatro, cómo se evita el mal, interrumpe á don Calixto para darle el remedio y un sanísimo consejo. Así:

" *No imite* usted al *necio y vulgar escritor* de quien hablaba usted más atrás, y está ya todo remediado."

¿Es esto llamar necio á Oyuela? No, señor: es aconsejarle que no cometa necedades... porque le creerán necio.

Si de parte de Valbuena hubiera existido la intención de insultar á don Calixto, habría aprovechado esto que remata la estrofa de autos:

> " ...... y culpa es nuestra
> Si *nuestra estupidez* le brinda un trono."



Y Valbuena ni siquiera se ha detenido para decir, en broma, por supuesto:

—Sus razones tendrá don Calixto para llamarse estúpido.

Como también las tendrá su *Domingo amigo* para ni siquiera hacerse el ofendido.

TERCER EJEMPLO

" A Sellén antes de increparle su "*nulidad*" su *estupidez*, lo denomina "*cubano filibustero*"

En este ejemplo se falta á la verdad, como en los anteriores.

Dice don Antonio:

" . . . . don Francisco Sellén versista cubano y filibustero, para servir á .... los Estados Unidos. Ya lo verán ustedes.

Es decir, ya lo verán todos aquellos que se enteren de lo que dice Sellén del movimiento revolucionario de Yara, el cual movimiento "abre una nueva era en el desenvolvimiento político, social, literario, y científico de Cuba."

Y don Antonio piensa que afirmar tales cosas es... cosa propia de cubanos filibusteros.

Vamos, que no es partidario de la independencia de Cuba; que esta tendencia en algunos cubanos es antipatriótica; y que, por consiguiente, los tales son.... unos filibusteros.

Esto es lo que dice Valbuena, con razón ò sin ella; nada tenemos que ver en esto. Tenemos, sí, que ver... y mirar para que se advierta que, si don Antonio llamó á Sellén filibustero, no fué sin tón ni són, por el gusto de insultar, de poner motes injuriosos, que nada traen á la belleza ó fealdad de los versos; sino por aquello del movimiento revolucionario de Yara.

En cuanto á lo de "nulidad" y "estupidez," señale don Abel el sitio en que lo ha leido. Apostámosle desde luego un ejemplar de las *Cartas Americanas* á que no encuentra tales cosas (1).

Como que no están.

Y que ha podido decirlo, y no lo dijo -- porque Valbuena es un hombre muy edu-

(1) Don Abel pierde; á la fija; pero yo no le cobro el libro. ¿Para qué he menester de semejante palmoteo en loor de tantas sinsustancias?

cado, — lo demostramos con la transcripciòn de una estrofilla de Sellén:

> " Nos *place hacer* derramar
> Llanto que, una vez vertido,
> Porque no lo hubiera sido,
> *Muy poco la vida es dar.*"

Y Valbuena se limita á este moderadísimo *titeo*:

> " Poca sintaxis saber
> Ese verso es escribir,
> Y aquello de *place hacer*
> Muy poco oído es tener,
> Muy poco el ritmo es sentir."

EJEMPLO CUARTO:

" A don Antonio Cánovas (incluido entre los poetas ultramarinos por la muy lógica razón de haber sido ese caballero ministro de Ultramar en su tierra) le dice *feo.*"

— ¡ Hombre, por Dios! ¿¡ En qué tierra de varones será un insulto llamar á un MACHO, *feo*!?

REGLA II. — *En criticar nombres y apellidos.*

EJEMPLO PRIMERO:

"Se ha observado, — *dice don Abel* que dice Valbuena apropósito de los versos del poeta americano don Salvador Cordero y Buenrostro, — que las personas cuyos nombres y apellidos son de esos que expresan determinadas cualidades suelen tener los contrarios precisamente."

"No sè yo si el señor don *Salvador Cordero y Buenrostro*, que es el poeta, digamoslo así, que va á ocupar hoy la benévola atención de los lectores y la mía, estará del todo comprendido en la regla."

"Por de pronto, aunque se llama *Salvador*, no me parece que es el que ha de salvar á la poesía de los abismos de inmunda prosa en que la va sumiendo la llamada civilización moderna"

"Ni tampoco deja de tener para aquella hermosa y desvalida señora, al par que verdaderas sencilleces de cordero, sañas de lobo."

"Y por lo que hace *el* (1) último apellido, puede ser que don Salvador Cordero y Buenrostro sea efectivamente de rostro agraciado."

Aquí don Abel, este buen señor, transcribe lo que así solo, aislado, sin dejar de ser muy oportuno, no basta á explicar la *salida* de Valbuena, que la prepara así:

". . ., que los que se llaman de apellido *Moreno* suelen ser *rubios,* y los que se llaman *Rubio* suelen ser morenos, y un *Homobono* suele ser un *bribón*, y un *Cándido* suele ser un tunante, y una *Rosa* suele ser un espantajo, y una *Pura* es á la mejor.... cualquier cosa."

No es esto todo. Don Abel en la transcripción del último párrafo se come (so glotón) lo que va aquí en letra bastardilla:

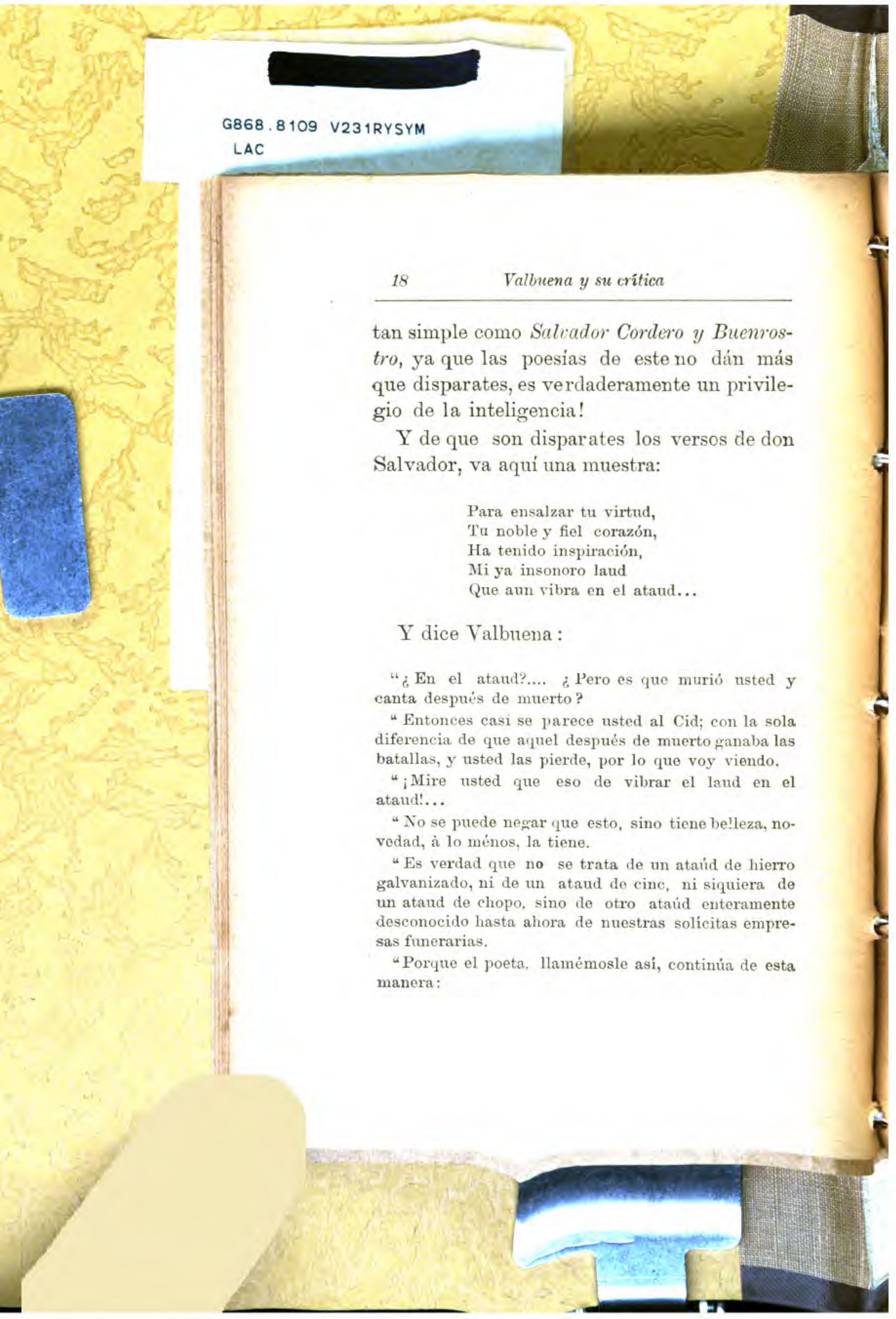
.... puede ser que Buenrostro sea efectivamente de rostro agraciado, *no digo que no; pero aunque en realidad tenga buen rostro, no tiene buen gusto.*

Buen gusto literario, se entiende.

¡A cuánto no alcanza el ingenio, don Abel!

¡Mire usted que sacar partido de una cosa

(1) Valbuena dice al, que es como tiene sentido. No *el* como *copia el crítico* del crítico.



tan simple como *Salvador Cordero y Buenrostro*, ya que las poesías de este no dán más que disparates, es verdaderamente un privilegio de la inteligencia!

Y de que son disparates los versos de don Salvador, va aquí una muestra:

> Para ensalzar tu virtud,
> Tu noble y fiel corazón,
> Ha tenido inspiración,
> Mi ya insonoro laud
> Que aun vibra en el ataud...

Y dice Valbuena:

"¿En el ataud?.... ¿Pero es que murió usted y canta después de muerto?

"Entonces casi se parece usted al Cid; con la sola diferencia de que aquel después de muerto ganaba las batallas, y usted las pierde, por lo que voy viendo.

"¡Mire usted que eso de vibrar el laud en el ataud!...

"No se puede negar que esto, sino tiene belleza, novedad, à lo ménos, la tiene.

"Es verdad que no se trata de un ataúd de hierro galvanizado, ni de un ataud de cinc, ni siquiera de un ataud de chopo, sino de otro ataúd enteramente desconocido hasta ahora de nuestras solícitas empresas funerarias.

"Porque el poeta, llamémosle así, continúa de esta manera:

"· · · · · · · · · · · · · · · · ·
Ha tenido inspiración
Mi ya insonoro laúd,
Que aún vibra en el ataúd
De los fieros sinsabores. . . . "

"Mire usted, Sr. don Salvador, à los *sinsabores* no se les puede llamar ataúd por fieros que sean — Se les podrá llamar figuradamente potro, mar de amargura, rueda de cuchillos, lecho de *Procusto*... lo que usted quiera; menos ataúd, lo que usted quiera.

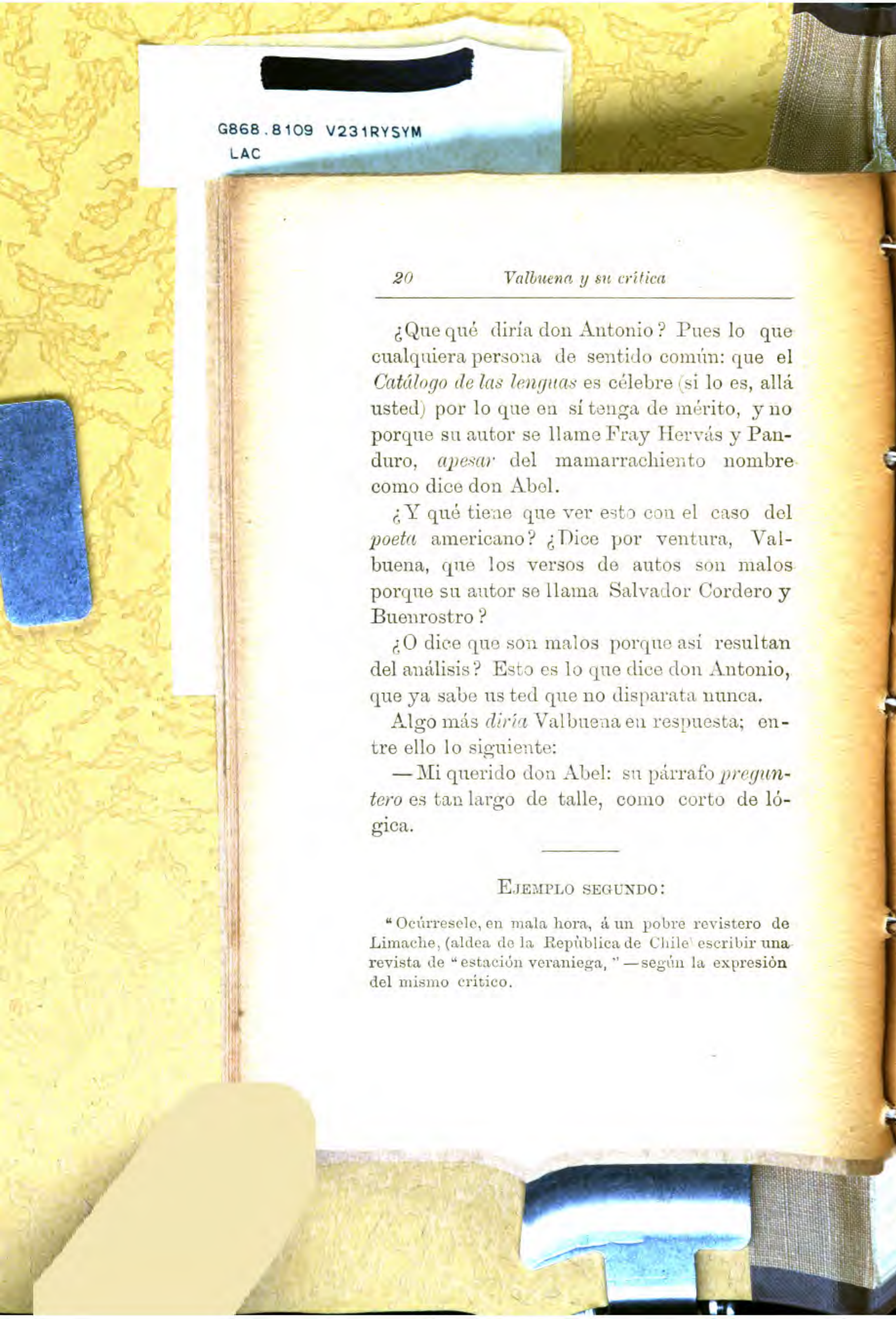
"Porque en el ataúd no suelen echar á nadie, sino al que se ha muerto, y el que se ha muerto no sufre ya sinsabores, ni fieros, ni mansos, en este mundo.

"De modo que la idea de ataúd y la de sinsabor se repelen, y por consecuencia la imagen no puede ser más desgraciada."

¿Tuvo razón el señor Valbuena para decir de don *Salvador* que no salvaría la poesía y que si tenía *buen rostro* no tenía buen gusto? Sí que la tuvo.

Con motivo de este ejemplo, don Abel pregunta con *sorprendente lógica*, lo siguiente:

"¿Qué diría el señor de Valbuena (y esto lo traigo aquí á colación, por vía de simple paréntesis) si aplicáramos esta regla á aquel compatriota suyo llamado, si mal no recuerdo, *Fray Hervás y Panduro*, (como si se dijera "hiervas y pan duro") quien, con todo y su mamarrachiento nombre, llegó á merecer, gracias á su célebre *Catálogo de las lenguas*, ser designado por el gran Renan como uno de los *creadores de la filología comparada*?"



¿Que qué diría don Antonio? Pues lo que cualquiera persona de sentido común: que el *Catálogo de las lenguas* es célebre (si lo es, allá usted) por lo que en sí tenga de mérito, y no porque su autor se llame Fray Hervás y Panduro, *apesar* del mamarrachiento nombre como dice don Abel.

¿Y qué tiene que ver esto con el caso del *poeta* americano? ¿Dice por ventura, Valbuena, que los versos de autos son malos porque su autor se llama Salvador Cordero y Buenrostro?

¿O dice que son malos porque así resultan del análisis? Esto es lo que dice don Antonio, que ya sabe us ted que no disparata nunca.

Algo más *diría* Valbuena en respuesta; entre ello lo siguiente:

—Mi querido don Abel: su párrafo *preguntero* es tan largo de talle, como corto de lógica.

EJEMPLO SEGUNDO:

"Ocúrresele, en mala hora, á un pobre revistero de Limache, (aldea de la Repùblica de Chile) escribir una revista de "estación veraniega," —según la expresiòn del mismo crítico.

"El señor de Valbuena transcribe los nombres de las señoritas mencionadas en el articulejo que censura y se expresa de ellos así:

Señorita Elena Schroders. . . .

"¡Caramba! Como ponga por condición al que haya de ser su novio que aprenda á pronunciar el apellido, no se casa nunca la señorita Elena."

....

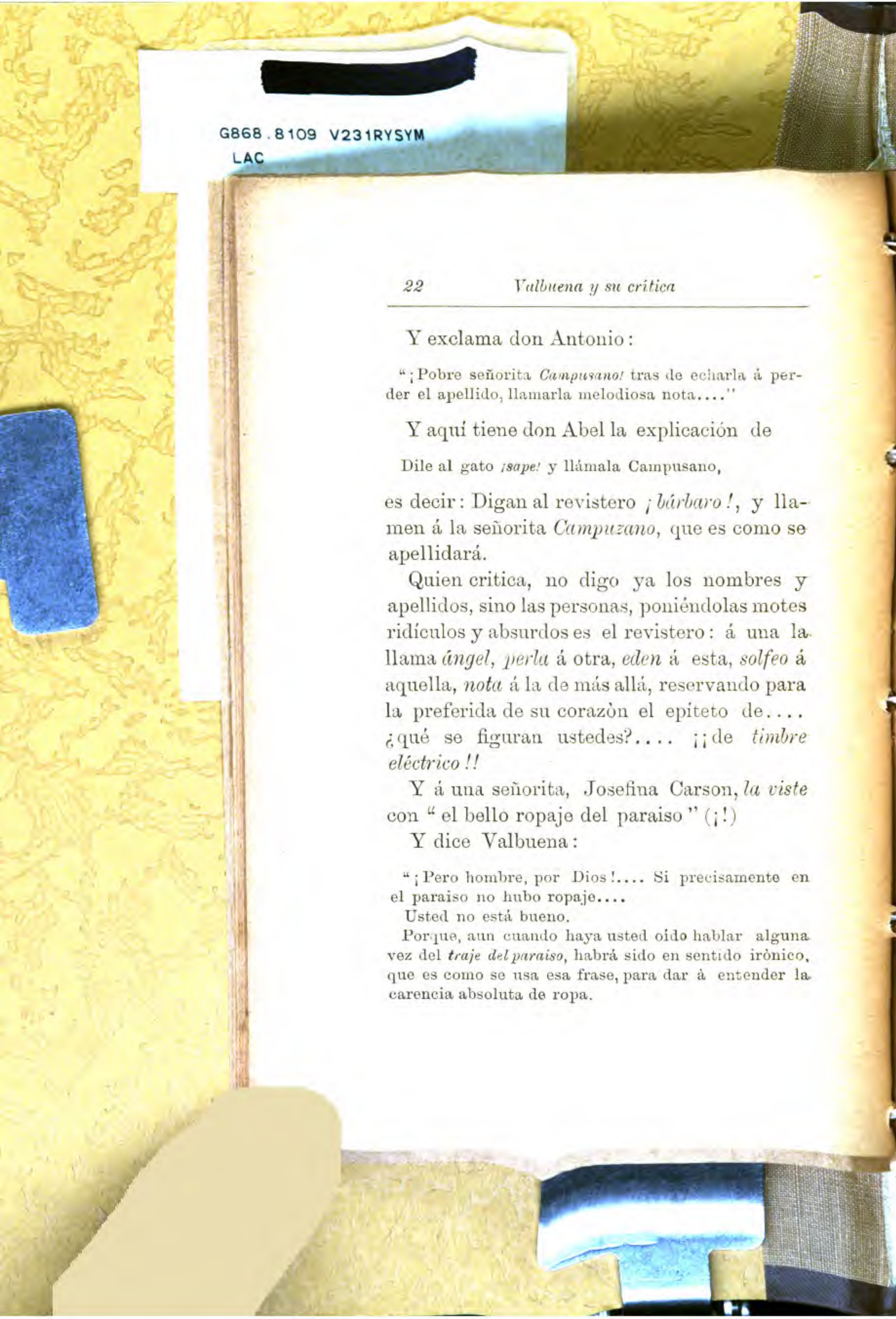
"¿Qué más señoritas hay?
"*Señorita de Soruco (¿ Sorusco ó Currusco ?)*"
"*Señorita Angelita Campusano. . . .*"
"Dile al gato *¡sape!* y llámala Campuzano"

Y ahora pregunto: ¿hay burla en nada de esto? ¿hay si quiera descortesía?

En el caso de la señorita Schroders no hay otra cosa que una *bromilla*, no para la señorita, sino para quien *haya de ser su novio.*

En el otro de "Señoritas de *Soruco*," don Antonio sospecha que no sea tal *Soruco*, que será *Sorusco* ó *Currusco*, apellidos españoles. Y no sospecha así porque le dé la gana, sino porque el revistero dá derecho á la sospecha cuando habla de la señorita *Campuzano*, y dice:

"Señorita Angelita Campusano, melodiosa nota, á quien Strauss desearía encontrar para sus acompasadas composiciones."



Y exclama don Antonio:

"¡Pobre señorita *Campusano!* tras de echarla á perder el apellido, llamarla melodiosa nota...."

Y aquí tiene don Abel la explicación de

Dile al gato *¡sape!* y llámala Campusano,

es decir: Digan al revistero *¡bárbaro!*, y llamen á la señorita *Campuzano*, que es como se apellidará.

Quien critica, no digo ya los nombres y apellidos, sino las personas, poniéndolas motes ridículos y absurdos es el revistero: á una la llama *ángel*, *perla* á otra, *eden* á esta, *solfeo* á aquella, *nota* á la de más allá, reservando para la preferida de su corazòn el epíteto de.... ¿qué se figuran ustedes?.... ¡¡de *timbre eléctrico!!*

Y á una señorita, Josefina Carson, *la viste* con "el bello ropaje del paraiso" (¡!)

Y dice Valbuena:

"¡Pero hombre, por Dios!.... Si precisamente en el paraiso no hubo ropaje....

Usted no está bueno.

Porque, aun cuando haya usted oído hablar alguna vez del *traje del paraiso*, habrá sido en sentido irònico, que es como se usa esa frase, para dar à entender la carencia absoluta de ropa.

¿Lo entiende usted?

Que está en traje del paraiso se suele decir del que está enteramente desnudo, y me parece que no andará de ese modo por Limache la señorita Josefina.

¡Claro que no!

¡Si estos revisteros!.... "

En los ejemplos *tercero*, *cuarto* y *quinto*, francamente, hay tanta razón.... como en los anteriores.

No perdamos, pues, más tiempo en esta parte.

REGLA III. — *Criticar el físico del autor.*

Aquí don Abel pone dos ejemplos.... que no son ejemplos.

1.º — Dice Cánovas:

"Candor debió de ser, mas en mis ojos
Los tuyos se fijaron
Alguna vez, como la luna blanca
Sobre los *turbios* lagos."

Y observa Valbuena:

"Esto no está mal; pues aunque los lagos no suelen ser turbios, *los ojos de usted si lo son.*"

¿Critica aquí don Antonio el físico del autor?



No, don Abel: Valbuena no hace otra cosa que ponerse de acuerdo con Cánovas en que los ojos de este sí son turbios. Y nada más.

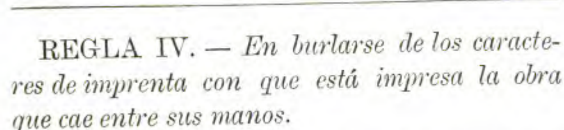
2º — A Gutierrez Nájera le dice que es "pequeño, muy pequeño, de estatura de perro sentado; pero de movimientos solemnes de ojos imperceptibles y de nariz cruelmente larga."

Pero ¿por qué trae á cuento don Antonio que ese Manolito, Manolin ó Manolete es poco menos que un muñeco? ¿Por gusto, porque sí, sin razón, que es como parece creer don Abel que hace las cosas don Antonio?

No, señor. Valbuena, en el análisis que hace de... *eso* que publicó Nájera contra el crítico, entre otras conclusiones llega á esta:

"El hombre pequeñin, embustero ó bailarín."

Refran que para que venga como de encargo al Nájera es preciso que, además de probar que es embustero, se pruebe que es pequeñin.... de estatura de perro sentado.



REGLA IV. — *En burlarse de los caracteres de imprenta con que está impresa la obra que cae entre sus manos.*

Y como ejemplo ¡feliz ejemplo! transcribe don Abel este párrafo referente al libro de versos de E. de la Barra:

" Al comenzar á leer la portada, me he encontrado con que se lee en ellas *Poesias*, con una **P** encarnada muy grande. "

Donde no hay ejemplo, ni siquiera honradez al transcribir.

Lo que Valbuena dice es esto:

" Al comenzar á leer la portada, cuyo primer renglón es este:

" 1887-1888 "

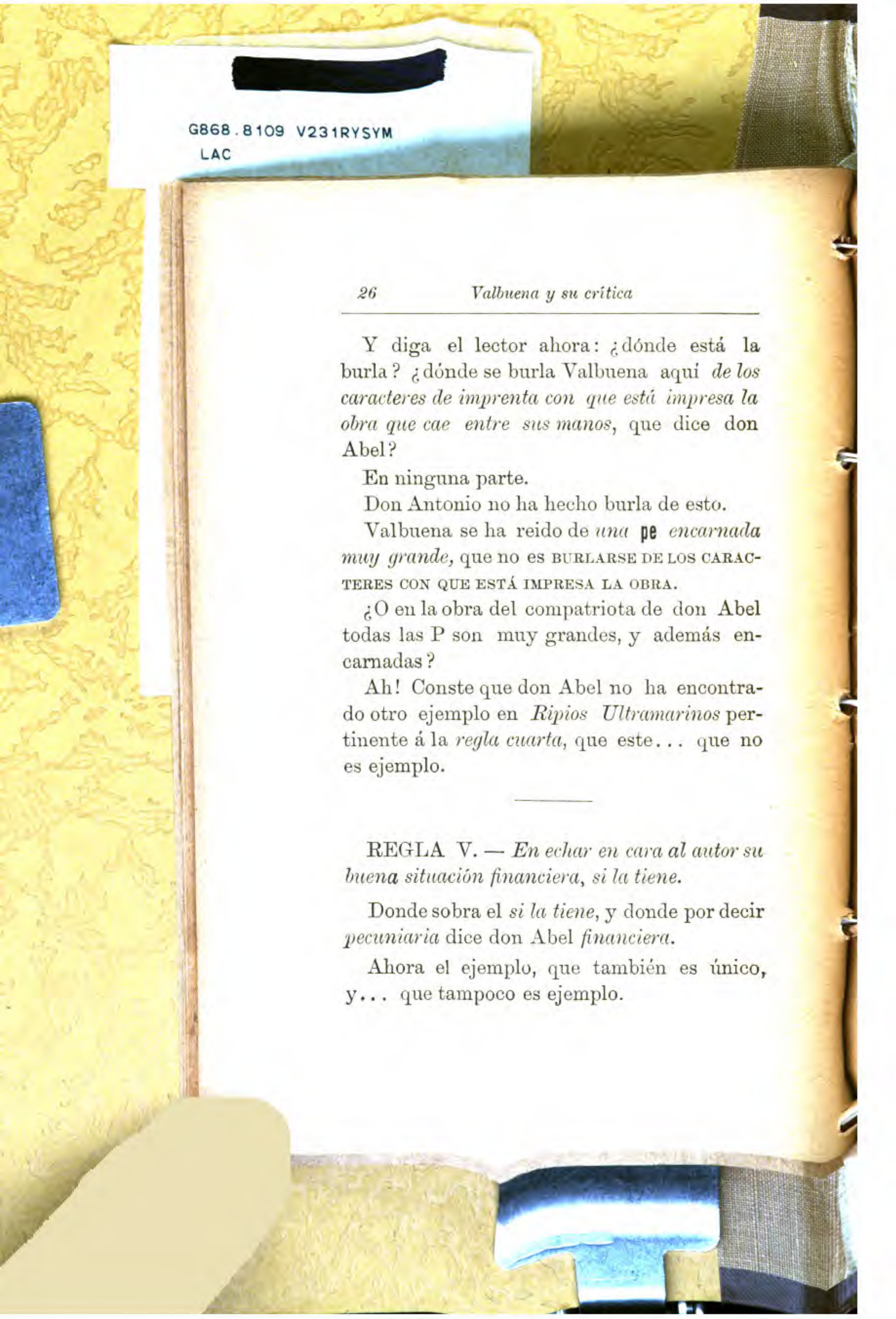
he creido que el libro contendría los presupuestos de la República chilena.

" Pero me equivocaba: el libro contiene *poesias*.

" O por lo menos la portada dice, por bajo de aquel renglón de números: *Poesías* (con una *pe* encarnada muy grande) *Poesias de Eduardo de la Barra.* "

Agregando en seguida, con una gracia que ya quisiera para sí don Abel:

" El cual debe de ser tan fecundo, que tiene que señalar sus tomos de versos asi: por años económicos."



Y diga el lector ahora: ¿dónde está la burla? ¿dónde se burla Valbuena aquí *de los caracteres de imprenta con que está impresa la obra que cae entre sus manos*, que dice don Abel?

En ninguna parte.

Don Antonio no ha hecho burla de esto.

Valbuena se ha reido de *una* **pe** *encarnada muy grande,* que no es BURLARSE DE LOS CARACTERES CON QUE ESTÁ IMPRESA LA OBRA.

¿O en la obra del compatriota de don Abel todas las P son muy grandes, y además encarnadas?

Ah! Conste que don Abel no ha encontrado otro ejemplo en *Ripios Ultramarinos* pertinente á la *regla cuarta*, que este... que no es ejemplo.

REGLA V. — *En echar en cara al autor su buena situación financiera, si la tiene.*

Donde sobra el *si la tiene*, y donde por decir *pecuniaria* dice don Abel *financiera*.

Ahora el ejemplo, que también es único, y... que tampoco es ejemplo.

Canta Cánovas:

« Y soy un *pobre* ciego.... »

Y le dice Valbuena:

« Eso, Antoñito, por aquí no cuela.
¡ Vaya usted á contárselo à su abuela! »

El mismo don Abel, pagando justo tributo al ingenio de Valbuena, dice:

« El crítico le caza al vuelo esta declaración y con su viveza inaudita y su inimitable gracejo (¡yo lo creo!), le dice:

« Ciego sí, ó casi ciego. Por de pronto muy corto de vista; pero lo que es pobre.... »

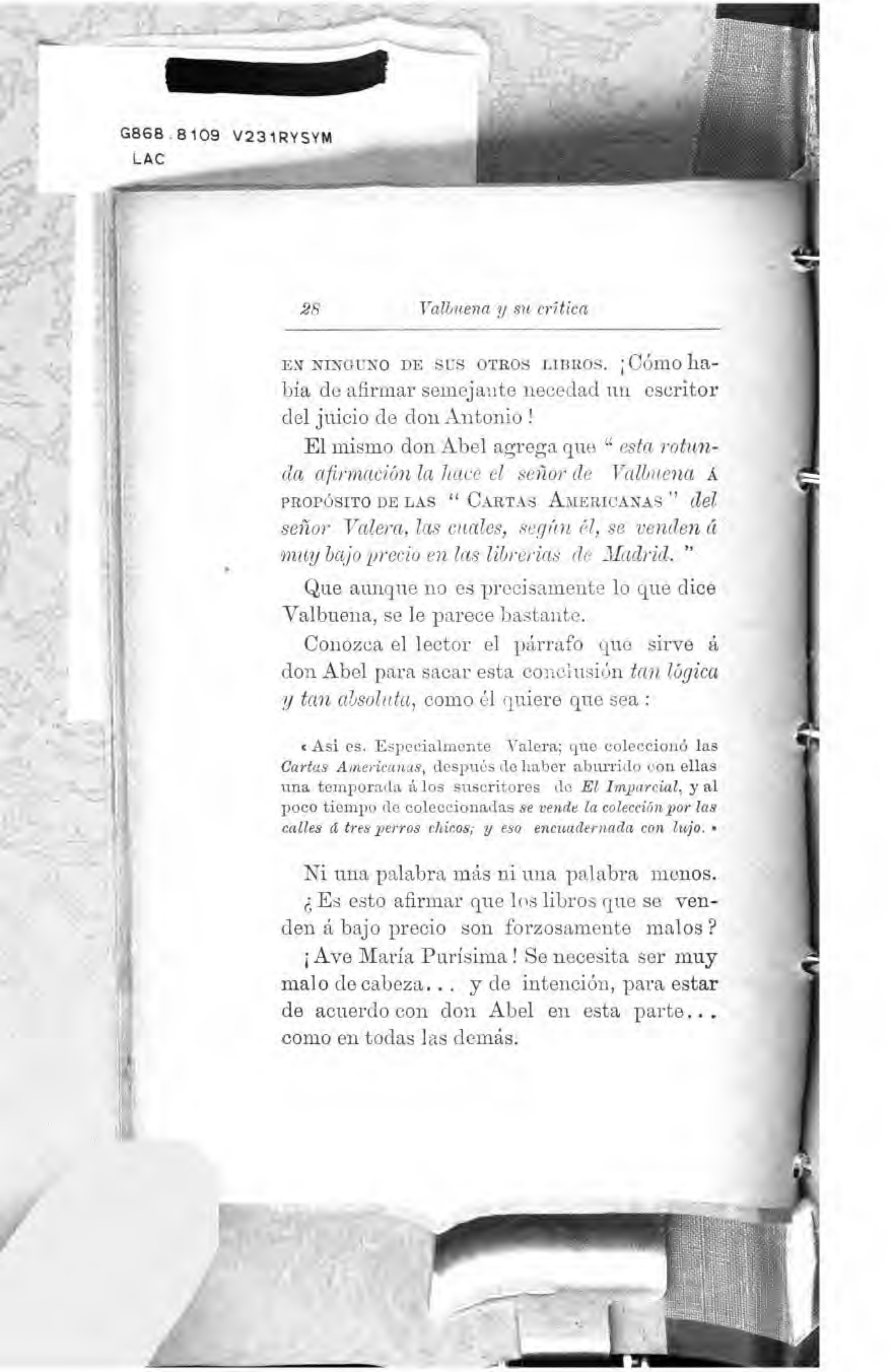
¿Y esto es echar en cara á Cánovas su situación pecuniaria, buena ó mala? No, señor: esto es no creerle á don Antonio Cánovas del Castillo, y sus razones tendrá.

Nada más, ni nada menos.

REGLA VI. -- " *En deducir conclusiones tan lógicas y tan absolutas como estas:*

1.ª — « *Todo libro que se vende barato tiene que ser forzosamente malo.* »

Esto es falso, de toda falsedad. Valbuena NO DICE ESO EN " RIPIOS ULTRAMARINOS " NI



EN NINGUNO DE SUS OTROS LIBROS. ¡Cómo había de afirmar semejante necedad un escritor del juicio de don Antonio!

El mismo don Abel agrega que " *esta rotunda afirmación la hace el señor de Valbuena* Á PROPÓSITO DE LAS " CARTAS AMERICANAS " *del señor Valera, las cuales, según él, se venden á muy bajo precio en las librerías de Madrid.* "

Que aunque no es precisamente lo que dice Valbuena, se le parece bastante.

Conozca el lector el párrafo que sirve á don Abel para sacar esta conclusión *tan lógica y tan absoluta*, como él quiere que sea:

« Así es. Especialmente Valera; que coleccionó las *Cartas Americanas*, después de haber aburrido con ellas una temporada á los suscritores de *El Imparcial*, y al poco tiempo de coleccionadas *se vende la colección por las calles á tres perros chicos; y eso encuadernada con lujo.* »

Ni una palabra más ni una palabra menos.

¿Es esto afirmar que los libros que se venden á bajo precio son forzosamente malos?

¡Ave María Purísima! Se necesita ser muy malo de cabeza... y de intención, para estar de acuerdo con don Abel en esta parte... como en todas las demás.

2ª—" *Poesías compuestas por un americano tienen por fuerza que ser detestables.* "

Falso también. Valbuena no dice tal majadería, ni la ha dicho, ni la dirá, porque las absolutas desatinadas solo se oyen en boca *de los que no saben lo que dicen.*

Y Valbuena siempre sabe lo que dice.

Podrá equivocarse en la apreciación de un hecho cualquiera; pero no disparatará.

Y ahora veamos la base en que se apoya D. Abel para deducir eso que llama conclusión lógica y absoluta.

Dice Valbuena:

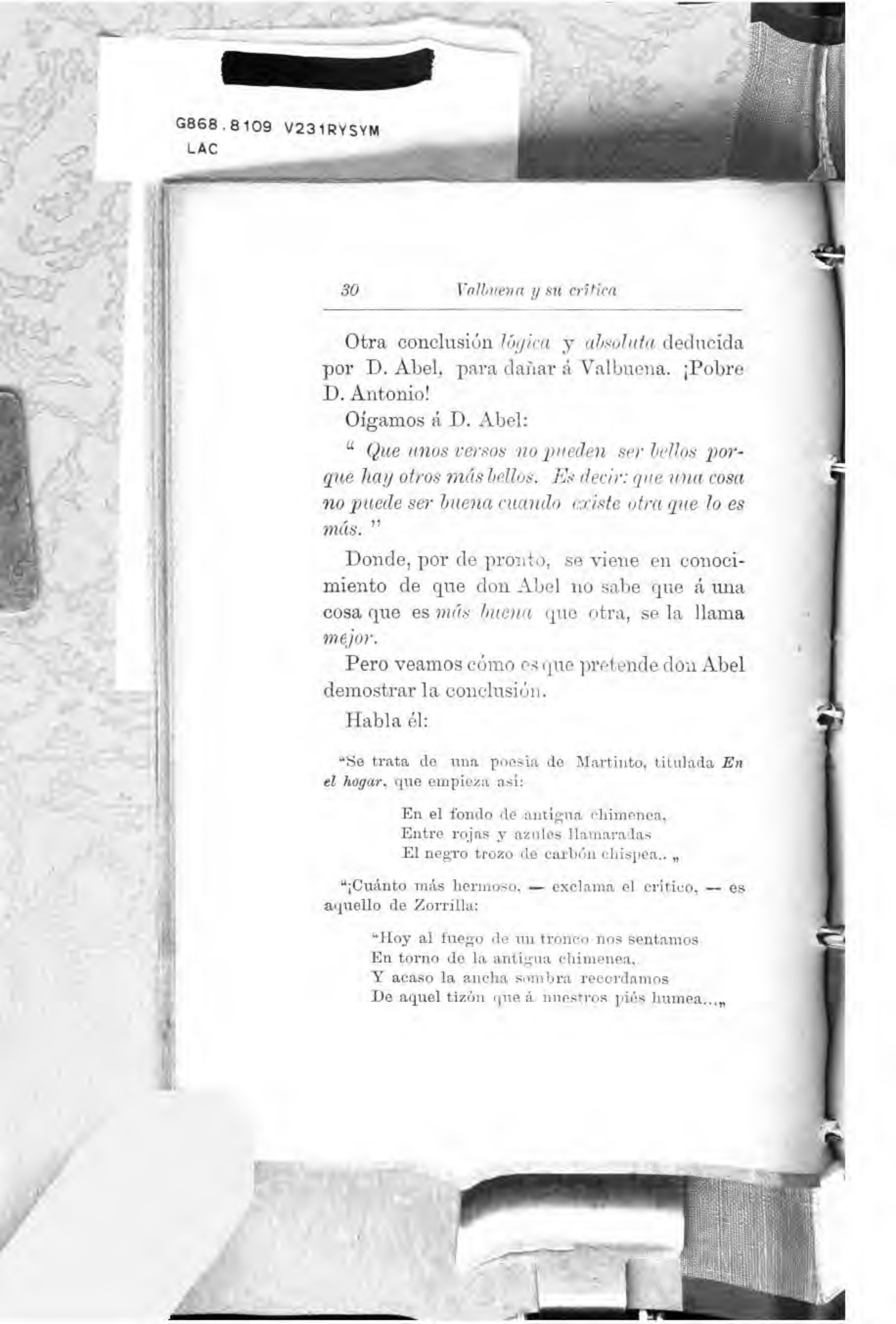
"Un chileno *de la Real Academia Española,* tiene que ser muy mal poeta.

"Porque es de saber, si ustedes no lo saben todavia, que nuestra academia suele escoger sus correspondientes en América *de entre los màs malos escritores americanos.*

"Y si por casualidad alguna vez elige *uno que valga, le estropea* en seguida *con su influencia maleficiosa* „

Y de esto ¡asómbrate lector! deduce D. Abel que Valbuena afirma que *poesias compuestas por un americano tienen por fuerza que ser detestables (¡¡!!)*

Y don Abel no está loco, como pudiera creerse.



Otra conclusión *lógica* y *absoluta* deducida por D. Abel, para dañar á Valbuena. ¡Pobre D. Antonio!

Oigamos á D. Abel:

" *Que unos versos no pueden ser bellos porque hay otros más bellos. Es decir: que una cosa no puede ser buena cuando existe otra que lo es más.* "

Donde, por de pronto, se viene en conocimiento de que don Abel no sabe que á una cosa que es *más buena* que otra, se la llama *mejor*.

Pero veamos cómo es que pretende don Abel demostrar la conclusión.

Habla él:

"Se trata de una poesía de Martinto, titulada ***En el hogar***, que empieza así:

En el fondo de antigua chimenea,
Entre rojas y azules llamaradas
El negro trozo de carbón chispea.. „

"¡Cuánto más hermoso, — exclama el crítico, — es aquello de Zorrilla:

"Hoy al fuego de un tronco nos sentamos
En torno de la antigua chimenea,
Y acaso la ancha sombra recordamos
De aquel tizón que á nuestros piés humea..."

Y lo que Valbuena exclama es, no lo que dice don Abel, sino esto otro:

"¡Cuánto más hermoso es aquello de Zorrilla, *de donde lo del señor Martinto está imitado!*„

Y de que está imitado, lo ve cualquiera que no sea.... un revistero de Limache.

Otra conclusión lógica y absoluta sacada por don Abel, no se sabe sin con sacacorchos ó con *pescante*.

Es esta:

" *No se puede carecer de algun don de la naturaleza, ó expresar que tal cosa sucede, porque ello, en latin, significa* SÁBANA. "

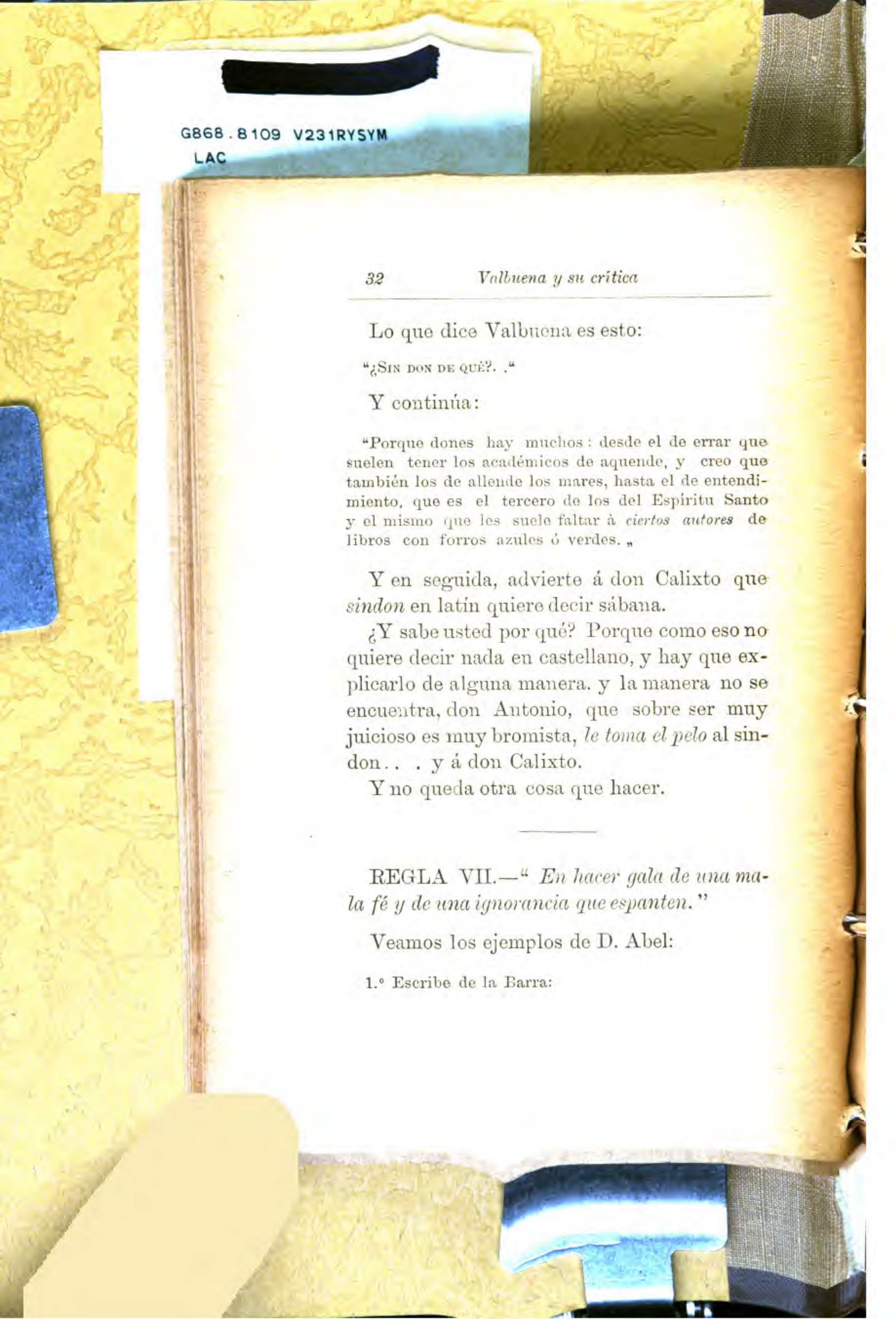
Y la demostración de.... esta mentirilla, así:

"Véanse sino estos versos de Oyuela:

Sobre el emjambre de escritores vácuos
Rebeldes al saber, *sin don* ni gusto...

"'Advierto,—dice el crítico—advierto al Sr. Oyuela que *sindon* en latín quiere decir sábana.... "

Venga usted para acá, don Abel, que eso no es cierto.



Lo que dice Valbuena es esto:

"¿SIN DON DE QUÉ?. ."

Y continúa:

"Porque dones hay muchos: desde el de errar que suelen tener los académicos de aquende, y creo que también los de allende los mares, hasta el de entendimiento, que es el tercero de los del Espíritu Santo y el mismo que les suele faltar á *ciertos autores* de libros con forros azules ó verdes. „

Y en seguida, advierte á don Calixto que *sindon* en latín quiere decir sábana.

¿Y sabe usted por qué? Porque como eso no quiere decir nada en castellano, y hay que explicarlo de alguna manera. y la manera no se encuentra, don Antonio, que sobre ser muy juicioso es muy bromista, *le toma el pelo* al sindon.. . y á don Calixto.

Y no queda otra cosa que hacer.

REGLA VII.—" *En hacer gala de una mala fé y de una ignorancia que espanten.*"

Veamos los ejemplos de D. Abel:

1.° Escribe de la Barra:

"Tomé la lira *sin intento alguno*,
Y á su contacto, el pecho
Cual volcán estallando, *entre la nieve*
Prendió *un fanal de fuego*....„

Y don Antonio, que es muy honrado y que sabe mucha gramática, dice:

"Ni nos ha dicho usted antes que hubiera nieve, ni la debía de haber, porque tenían hojas los álamos, según usted dice, ni se sabe quién *prendió* ni cómo se puede prender *un fanal de fuego*.... entre la nieve....„

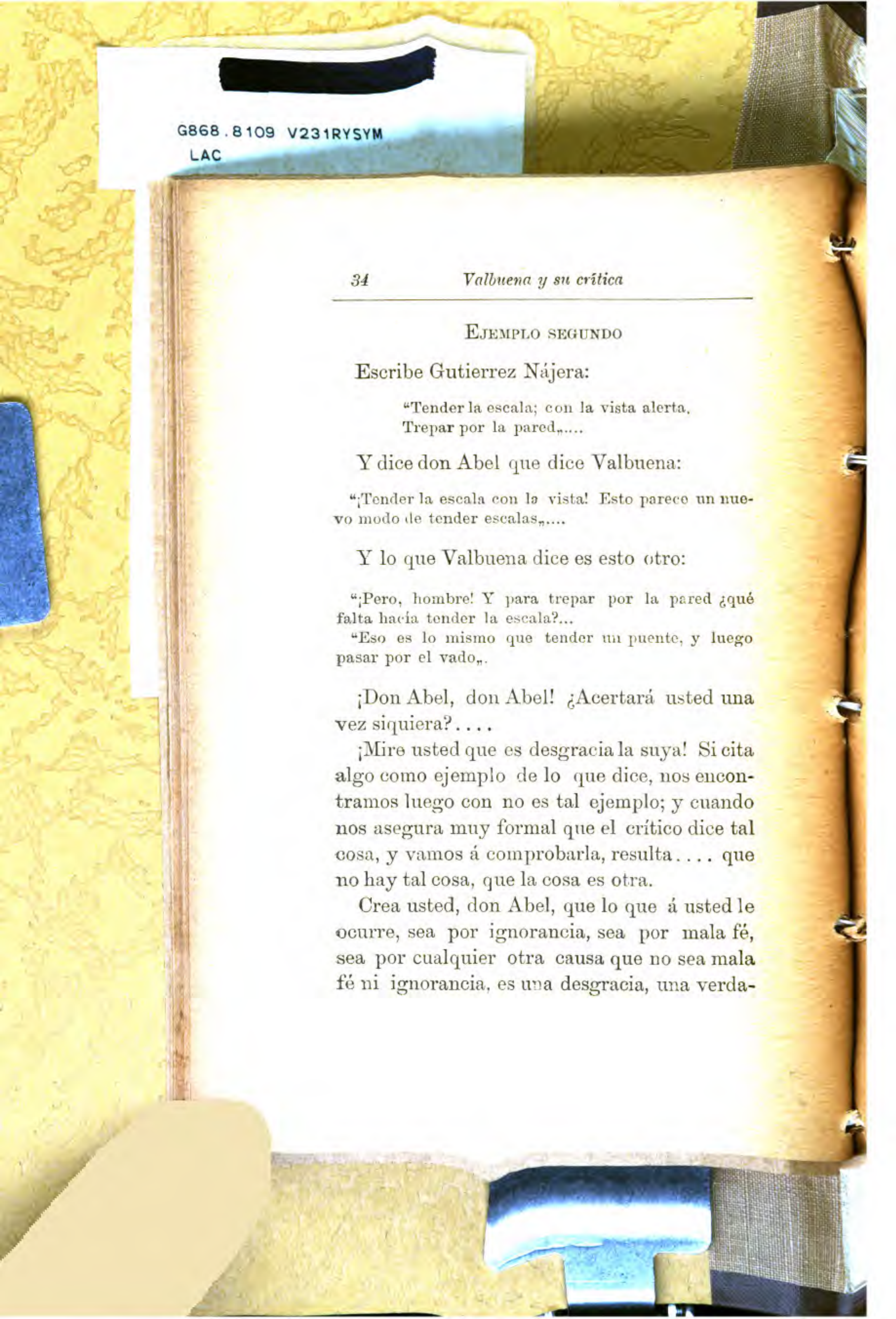
Y don Abel quiere explicar este galimatias, diciendo "que el complemento *entre la nieve* modifica á la frase *cual volcán estallando*."

Lo que sería verdad si en el verso se leyera *cual volcán estallando entre la nieve*, es decir, como un volcán que estalla entre la nieve.

Pero no es eso lo que se lee, sino esto: el pecho, cual volcán estallando, prendió un fanal de fuego entre la nieve.

Y si quisieron decir lo otro.... haberlo dicho, señores don Abel y don Eduardo; pero siempre quedaría por averiguarse quién *prendió* ese *fanal de fuego*.

Advierto á don Abel que no se dice *modifica á la frase* sino *modifica la frase*, sin preposición.



EJEMPLO SEGUNDO

Escribe Gutierrez Nájera:

"Tender la escala; con la vista alerta,
Trepar por la pared„....

Y dice don Abel que dice Valbuena:

"¡Tender la escala con la vista! Esto parece un nuevo modo de tender escalas„....

Y lo que Valbuena dice es esto otro:

"¡Pero, hombre! Y para trepar por la pared ¿qué falta hacía tender la escala?...

"Eso es lo mismo que tender un puente, y luego pasar por el vado„.

¡Don Abel, don Abel! ¿Acertará usted una vez siquiera? . . . .

¡Mire usted que es desgracia la suya! Si cita algo como ejemplo de lo que dice, nos encontramos luego con no es tal ejemplo; y cuando nos asegura muy formal que el crítico dice tal cosa, y vamos á comprobarla, resulta . . . . que no hay tal cosa, que la cosa es otra.

Crea usted, don Abel, que lo que á usted le ocurre, sea por ignorancia, sea por mala fé, sea por cualquier otra causa que no sea mala fé ni ignorancia, es una desgracia, una verda-

dera desgracia, que siento de veras (crea esto tambien) no esté en mi mano el remediarla.

REGLA VIII.—" *En prodigar el bobísimo sistema de parafrasear con malos versos de la propia cosecha del crítico, otros buenos, del autor criticado.* "

Aquí, don Abel, podría tener razon... si la tuviera. Que no la tiene.

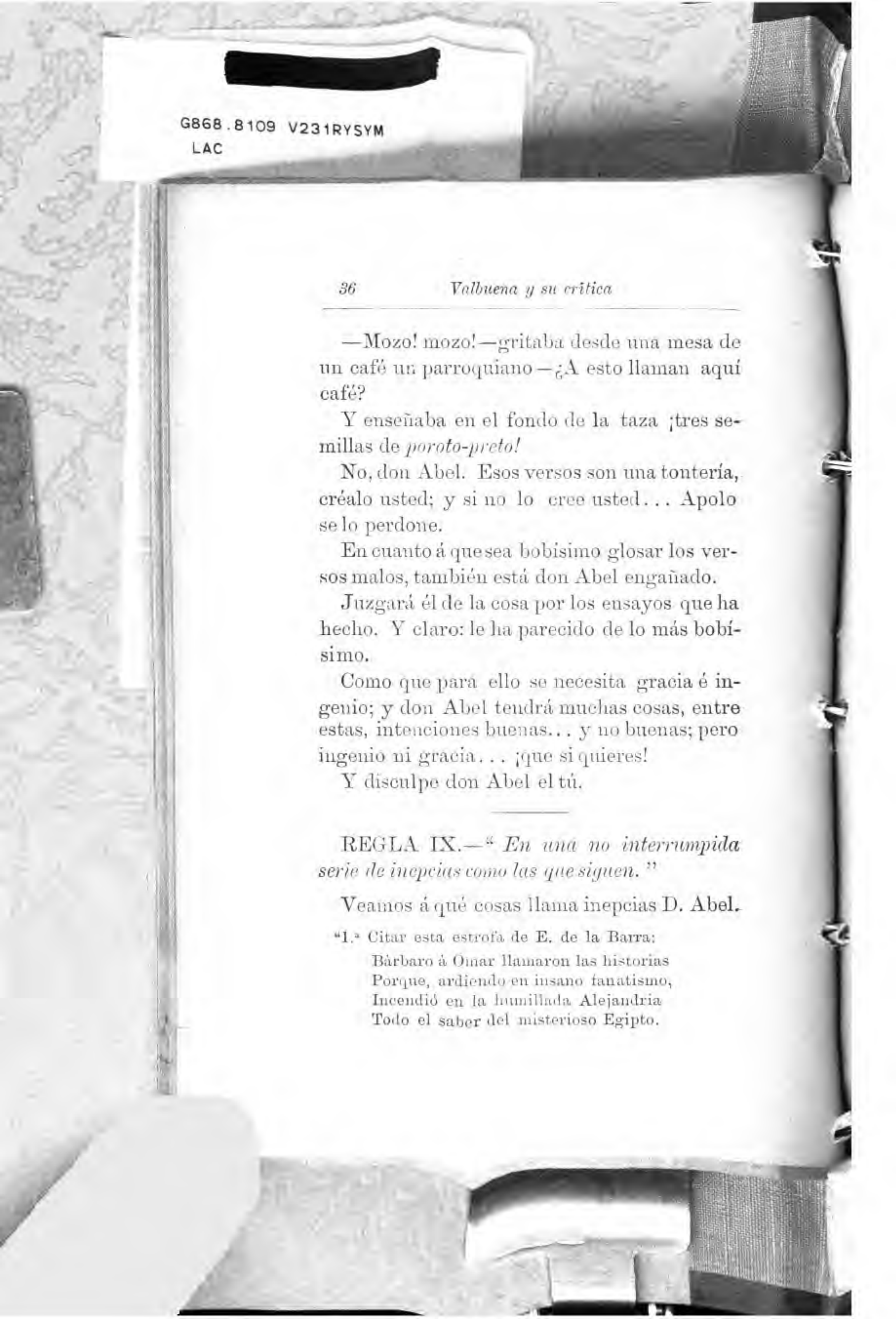
Primero: llamar sistema á eso, es llamar sistema á cualquier cosa;

Segundo: *parafrasear* no es *glosar*, que es lo que don Abel quiere decir... y no dice, por equivocación ó no. ¡Vaya uno á adivinarlo!...

Tercero: llamar buenos á unos versos que son de lo más soso en el género... y en la especie.

Conózcalos el lector:

"Yo quiero en las mañanas
De grata primavera
Ponerte una corona....
(*Pues, póngasela usted*).
Y luego contemplarte....
(*No veo inconveniente*)
Como á la bella Erato
Vagando en el vergel„.



—Mozo! mozo!—gritaba desde una mesa de un café un parroquiano—¿A esto llaman aquí café?

Y enseñaba en el fondo de la taza ¡tres semillas de *poroto-preto!*

No, don Abel. Esos versos son una tontería, créalo usted; y si no lo cree usted... Apolo se lo perdone.

En cuanto á que sea bobisimo glosar los versos malos, también está don Abel engañado.

Juzgará él de la cosa por los ensayos que ha hecho. Y claro: le ha parecido de lo más bobísimo.

Como que para ello se necesita gracia é ingenio; y don Abel tendrá muchas cosas, entre estas, intenciones buenas... y no buenas; pero ingenio ni gracia... ¡que si quieres!

Y disculpe don Abel el tú.

REGLA IX.—" *En una no interrumpida serie de inepcias como las que siguen.* "

Veamos á qué cosas llama inepcias D. Abel.

"1.ª Citar esta estrofa de E. de la Barra:

> Bárbaro á Omar llamaron las historias
> Porque, ardiendo en insano fanatismo,
> Incendió en la humillada Alejandría
> Todo el saber del misterioso Egipto.

Para censurarla en seguida así:

"El fanatismo. . . *insano;* Alejandría. . . *humillada*; Egipto. . . *misterioso*; todo con su motecito correspondiente! ,,

¿Y esto es inepcia? ¿Es necedad en un crítico el poner bien de manifiesto *el abuso* de los epítetos?. . .

Sigamos las inepcias de don Abel, digo, las cosas á que don Abel llama inepcias.

"2.ª Copiar estos magníficos versos de Oyuela:

Tu epistola vibrante, cruje, estalla,
Culebrea en los aires,,....

para hacer sobre ellos la insulsa reflexión que sigue:

"¡Válgame Dios y qué cosas hace una epístola!,,

Y Valbuena tiene razón al sorprenderse, sí que la tiene, cuando después de observar al *poeta* que una epístola no puede *vibrar*, salimos con que además *cruje, estalla*, y *culebrea en los aires*. . . ni más ni menos que un cohete volador!

Francamente, será muy curioso ver una epístola. . . pirotécnica.

¿Y es á esto que don Abel llama *magnífico*?

—¡Mozo! ¡Llévate ese café!

Otra *inepcia*, según don Abel:

"Llamar *mala y prosaica* à esta otra linda estrofa de Eduardo de la Barra:

"A la luz de la luna, la *argentada*
Lámina de un gran rio
Muros romanos, reflejaba *trémula*
Y un torreón morisco.„

Si señor. Y además bastante *simple*, que es lo que dijo Valbuena.

Fuera de la particularidad de que *en cada estrofa cambia el autor de asonantes*, lo cual no está bien, ni regular, sino de lo peor.

Porque los consonantes—le observa Valbuena—han de ser distintos en cada estrofa; pero el asonante debe ser el mismo en toda la composición.

¡Si hasta los chiquillos saben estas cosas, hombre!

Y se acabaron las *inepcias*... por ahora.

REGLA X.—" *En otra seria de supercherias, dificiles clasificar, pero de las cuales dará ejemplo*... cualquier cosa.

No dice esto don Abel; pero como ya me tienen escamado sus ejemplos...

En fin: veamos ahora, á qué cosas llama don Abel *supercherias*, y además *dificiles de clasificar*.

¡Todo sea por amor de Dios!

Habla Valbuena:

"En una (poesía de E. de la Barra) que se titula "*Such is life*". asi, en inglés, para que casi nadie lo entienda, se leen estos versos:

—Ya vuelve la primavera,
—Muy indiferente me es..."

"Donde no hay manera de pronunciar de otro modo que *mes*, ni hay medio de hacer que el que oiga recitar esos versos no entienda que la primavera es un mes muy indiferente."

Esta *superchería*... *difícil de clasificar*, según don Abel, no es tan mala ni tan falta de ingenio... *según el mismo don Abel lo dice.*

Luego, pues, no será por esto lo de la superchería difícil de clasificar. Será por otras cosas...

Pero nó. Tampoco puede ser por otras cosas: *porque aquí ¡oh lector! concluye la* SERIE *de supercherias dificiles de clasificar.*

Parecerá mentira; pero no lo es.

Porque en seguida de esto, don Abel llama "colección de agudezas sin iguales" á unas

cuantas observaciones de Valbuena, que luego veremos.

En presencia de esto sí se deduce *lógica y absolutamente*, como dice don Abel, que SERIE no es lo que hasta ahora todos habíamos creído, esto es, encadenamiento, enlace, continuación ordenada y sucesiva de cosas.

Mejor. Así nos iremos explicando cómo es que llaman buenos versos á los que son malos, magníficos á los disparatados, linda estrofa á la que es prosáica y además simple, etc., etc.

Bueno. Veamos ahora la "colección", ya que la serie, que no era serie, se acabó.

"Y ronco, desde el fondo de mi lecho
Alcé el celoso, turbulento pecho
Para apagar tu luz.„

(E. de la Barra)

Y don Abel nos cuenta que Valbuena dice:

"¿Qué t,a,l, tal?

"¡Cuidado, que eso de *alcé el celoso*, eso de *alcèlceloso*, es bonito de veras!... Parece como si dijera que ***hace el oso!***„

Para demostrar lo *armonioso* y lo *dulce* que suena eso de "alcé el celoso", es cierto que Valbuena dice "que parece como si dijera que ha-

ce el oso"; pero no en la forma que cuenta don Abel, ni siquiera en ese lugar.

Se juzgará de cómo don Abel *transcribe*, de la verdad con que lo hace, transcribiendo nosotros lo que *verdaderamente dice* Valbuena (pág. 88 y 89 de *Ripios ultramarinos*):

"Sus negras alas la tormenta ruda
Batió sobre tu azul,
Y ronco, *desde el fondo* de mi lecho
Alcé el celoso, turbulento pecho
Para apagar tu luz.

"¿Qué t,a,l, tal?

"¡Cuidado que eso de *alcé el celoso*, eso de alcélcelo... es bonito de veras!...

"Y dulce.

"Aparte de lo disparatado del pensamiento, si pensamiento se puede llamar á ese conjunto de incongruencias, donde una tormenta ruda bate las alas sobre el azul de una mujer, y un hombre ronco, desde su lecho y no desde su lecho simplemente, sino *desde el fondo* de su lecho, alza el celoso (parece como si dijera que hace el oso) turbulento pecho para apagar una luz, no se sabe si de un ronquido; la luz de aquella misma mujer sobre cuyo azul batió sus alas la tormenta ruda...

"¿Entienden ustedes algo?

"Es verdad que para eso es poesía subjetiva.

"Para que nadie la entienda...„

Se ve claramente la diferencia que hay, la distancia que va de una transcripción á otra.

En la que yo hago, *en la verdadera*, Valbuena tiene por punto principal de su crítica el pensamiento, del que dice que es un conjunto de incongruencias; señalando de paso, y solo de paso, la dureza del "alcé el celoso" como un defecto de menor cuantia ante lo disparatado de la estrofa.

¡Y luego dirán que el de la mala fé es D. Antonio de Valbuena!

Verdad es que dicen tantas cosas...

Don Abel no quiere que Valbuena se ria de otra *poesia* del señor de la Barra titulada "Vida nueva."

Y, francamente, juzgue el lector de la composición, y diga si tiene ó no motivo el crítico de *destornillarse* de risa como dice don Abel. (1)

Hela aquí... con las carcajadas de don Antonio:

"¡Esta si que es graciosa!
A su modo.
Vamos, á la manera de los hijos de Mari-Ignacia, que de puro tontos hacian gracia.

---

(1) Así dice don Abel en la página 10 de su libro «Valbuenismo y Valbuenadas».
¡Y se queda tan fresco! . . . .

Quiero copiarla íntegra:

—"¡Alto ahí, que nadie pasa!
—La tiranía exclamó. ...„
¡Miren ustedes la tiranía!
Y la contestan (no se sabe quien hasta mas abajo).
—"¿Nadie?
—¡Yo mando en mi casa!
—Antes que llegara yo.
—Dios el mando á mí me dió.
—Tú no dices la verdad.
—Desde muy remota edad
Este pueblo es mi rebaño...„

Bueno. ¿Y cómo dirán ustedes que concluye este diálogo desaborido? ¿Qué creerán ustedes que hay al fin de tantos dimes y diretes?...

Pues otros dos versos peores que los ocho copiados y de los más malitos de la temporada.

Después de aquello del rebaño, el interlocutor ó la interlocutora de la tiranía, dice, lo más prosáica y ásperamente posible:

—"Vengo á *destruir* ese engaño.
¡*Paso, soy* la libertad!„

Ya se conoce.

En eso del *paso-soy* ó del *pa-soso*. Porque para sosos es el entusiasmarse á estas horas con tan desacreditadas boberías.„

¿Ha podido decirse nada más oportuno, ni más rigurosamente verdadero?

Echese una mirada *por casa*, nada mas que por casa, que no es necesario ir á otras partes

para verlo, y confiese don Abel cómo es cierto que el entusiasmarse con eso de la libertad, y la justicia, y el derecho, etc., solo está reservado á los rematadamente cándidos.

A Sellén aquel versista que ya conocemos, pertenece la estrofa glosada por Valbuena, que copio en seguida:

"La aurora *brilla*: surge un nuevo *dia*:
(*Estos asonantitos son muy feos*).
El cielo *azul*, el onda *bonancible*:
(*¡El onda!... pues... el sopa y los fideos.*)
La tempestad, la tempestad *sombría*
(*Lo es una... siendo doble... ¿qué sería?*)
Es el *lúgubre* himno *funerario*
De los que *tumba hallaron* en el mar."

Y don Abel se disgusta, al parecer, que el crítico señale los defectos y el abuso de los epítetos, y que glose, así, alegremente, esos versos (que no valen aquí, en confianza, entre tú, lector y yo, no valen, digo, ni dos centavos papel moneda.)

Porque don Abel no transcribe *nada más que los dos últimos versos.*

" Es el *lúgubre* himno *funerario*
De los que *tumba hallaron* en el mar. "

Y contar que Valbuena dice:

"Y aunque no fuera de los que *tumballaron*, un himno *funeral* es siempre *lúgubre*.

Y está en lo firme.

Llega el turno á una crítica, que, fuera de toda broma, no sé por qué don Abel la incluye en la "colección de agudezas sin iguales", tratándose, como se trata, de simples preceptos de arte, recordados por Valbuena á de la Barra en una forma tan seria como concisa.

Voy á transcribir *todo lo pertinente* al caso, no como lo hace este don Abel, que cuando dice que trascribe... abre unas comillas... y luego escribe lo que le da la gana.

Al hecho:

"Asi tú, como el ave niña, hermosa,
En oscuro rincón vives *perdida*,
Soñando con un mundo *color rosa*.. „

"¡Hombre! ¿*colorrosa*?

"Se necesita carecer de oido por entero para unir esas dos palabras.

"Y cuenta que el de la Barra no las ha unido una sola vez.

"Porque en la hoja anterior queda otra estrofa que empieza asi:

"Llevabas un vestido *color rosa*„.

"Se dice color de rosa; y así no se falta á la sintáxis ni á la enfonia."

Esta crítica tan justa dentro de lo que preceptúan determinadas reglas gramaticales conocidas de todos, ha sido contestada por el señor de la Barra, en esta forma (1):

"Niega (Valbuena) que en castellano se diga **color rosa**, porque debe ser *color de rosa*, lo que es desconocer la preciosa libertad de *elipsis* del castellano."

Con todo el respeto que merece personalidad tan encumbrada, digo que el señor de la Barra....desbarra.

El que Valbuena niegue que se diga *color rosa*, no importa desconocer *el uso* de la elipsis; *el uso*, no la *libertad* como dice de la Barra; se tiene la libertad de su empleo, de cometerla; y perdone don Eduardo esta *libertad* que me tomo en *uso* de un legítimo derecho.

La censura de Valbuena tiene por base dos razones incontrovertibles, como que están apoyadas en reglas gramaticales, reglas que preceptúan: la una, la de eufonía, que no se dañe el oido con palabras duras, ásperas, ó com-

(1) El artículo en donde se encuentra esta contestación fué publicado en el diario «La Prensa», de fecha 15 del corriente.

binación de palabras cuya pronunciación no sea fácil y agradable; y la segunda, la de sintáxis, que el régimen directo entre dos nombres se exprese siempre con preposición.

Y pregunto ahora: En la observancia de estos preceptos *¿se destierra* la elipsis?

Don Eduardo de la Barra dice que sí.

Yo sostengo que no.

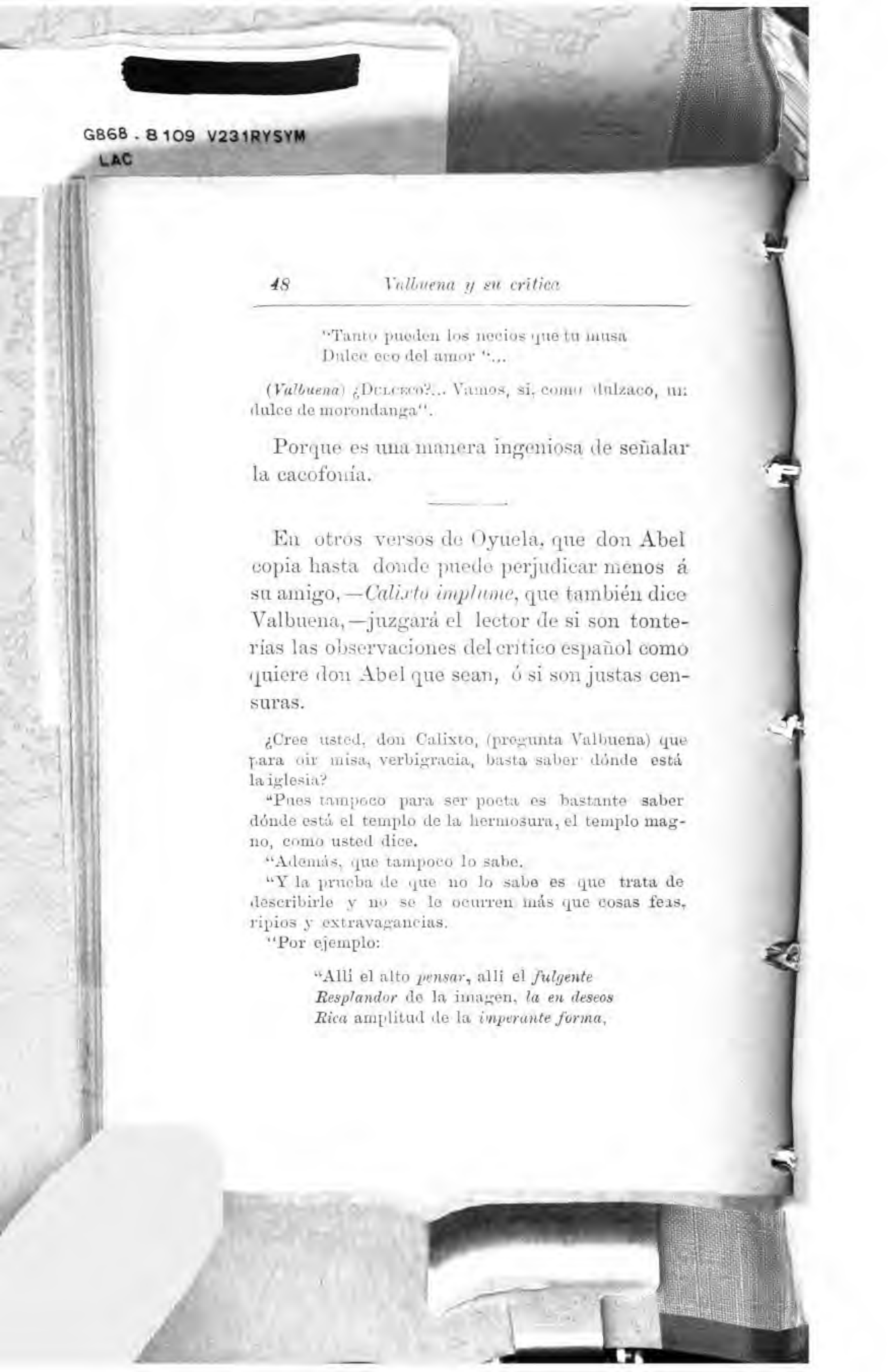
Y lo sostengo *con la misma frase* de autos.

Cuando decimos "color de *rosa*" no aludimos ciertamente á la flor del rosal, cuyos colores son tan varios; nos referimos al resultado de una mezcla de colores, á un tinte indeterminado del rojo puro ó del carmin, en una palabra, *á un matiz*.

De manera que en la frase "color de rosa" empleamos una elipsis, desde que lo que deseamos que se entienda es: del color del matiz rosa, y no lo decimos. La frase es, pues, elíptica.

¡Y don Eduardo de la Barra no lo sabe! Digo, me parece....

Agudeza, sí, puede llamarse la *salida* de don Antonio en aquellos versos de Oyuela:



"Tanto pueden los necios que tu musa
Dulce eco del amor "...

(*Valbuena*) ¿DULCECO?... Vamos, sí, como dulzaco, un dulce de morondanga".

Porque es una manera ingeniosa de señalar la cacofonía.

En otros versos de Oyuela, que don Abel copia hasta donde puede perjudicar menos á su amigo,—*Calixto implume*, que también dice Valbuena,—juzgará el lector de si son tonterías las observaciones del crítico español como quiere don Abel que sean, ó si son justas censuras.

¿Cree usted, don Calixto, (pregunta Valbuena) que para oir misa, verbigracia, basta saber dónde está la iglesia?

"Pues tampoco para ser poeta es bastante saber dónde está el templo de la hermosura, el templo magno, como usted dice.

"Además, que tampoco lo sabe.

"Y la prueba de que no lo sabe es que trata de describirle y no se le ocurren más que cosas feas, ripios y extravagancias.

"Por ejemplo:

"Allí el alto *pensar*, allí el *fulgente*
Resplandor de la imagen, *la en deseos*
Rica amplitud de la *imperante forma*,

Do la fuerza y la gracia se entrelazan,
De *cuya* (?) limpia desnudez *trasciende*
La *interna* luz que el pensamiento *crea*
(*Mas si la crea el pensamiento ¿cómo*
Trasciende de la forma? Usted se ha ido...)
Allí el *mágico* son, la melodía
Que suspende el sentido y *vibradora*
(*Como las pobres cartas de Martinto*)
Por las inmensas naves se derrama...„

"¿Y todo eso es lo que ha visto usted, señor don Calixto, en el templo magno?...

1º *Un alto pensar*, que es un académico decir...

2º Un *resplandor fulgente*, como no podía menos de ser. ¿Ha visto usted algún *resplandor* que no *luzca* ó que no *resplandezca*?

3º La *en deseos* rica amplitud, que parece una pobre vieja, mal arrepentida....

4º Una *cuya* que no se sabe si es la gracia, ó la fuerza, ó la *imperante forma*.

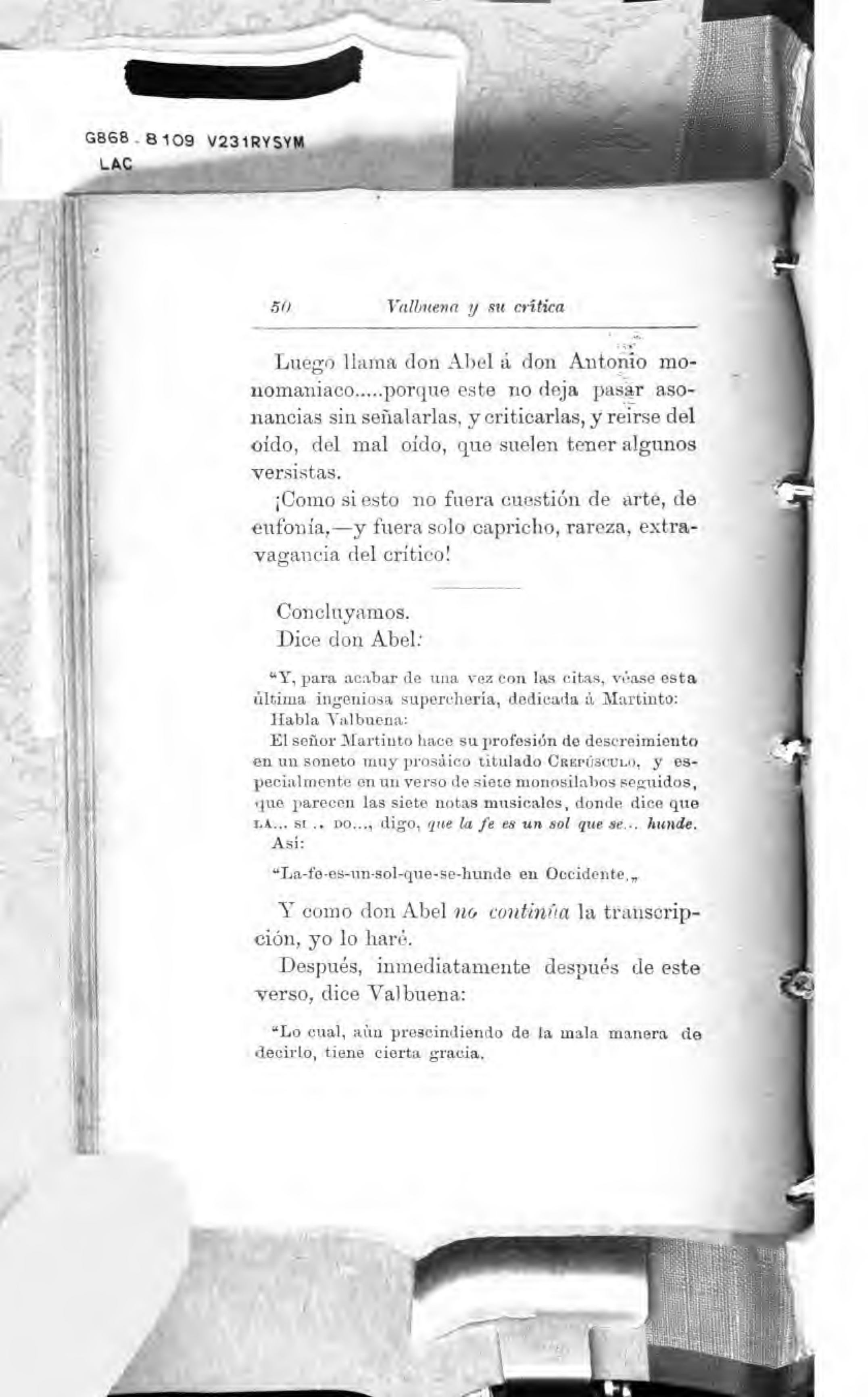
5º Una *luz interna* que primero parece que trasciende de la desnudez y luego resulta que la crea el pensamiento.

6º Un *mágico son*, una melodía vibradora y. ..

¡Cuàndo yo le digo á usted, señor don Calixto, que no ha entrado usted en el templo de la Hermosura!...

De si estas son tonterias ó verdades, ya sabrá decirlo el lector discreto que juzgue por propia opinión, y no por opinión de *ciertos* caballeros que llaman *botarate* á don Antonio de Valbuena!

¡Habráse visto!...



Luego llama don Abel á don Antonio monomaniaco.....porque este no deja pasar asonancias sin señalarlas, y criticarlas, y reirse del oido, del mal oido, que suelen tener algunos versistas.

¡Como si esto no fuera cuestión de arte, de eufonía,—y fuera solo capricho, rareza, extravagancia del crítico!

Concluyamos.

Dice don Abel:

"Y, para acabar de una vez con las citas, véase esta última ingeniosa superchería, dedicada á Martinto:

Habla Valbuena:

El señor Martinto hace su profesión de descreimiento en un soneto muy prosáico titulado CREPÚSCULO, y especialmente en un verso de siete monosilabos seguidos, que parecen las siete notas musicales, donde dice que LA... SI .. DO..., digo, *que la fe es un sol que se... hunde.*

Así:

"La-fe-es-un-sol-que-se-hunde en Occidente."

Y como don Abel *no continúa* la transcripción, yo lo haré.

Después, inmediatamente después de este verso, dice Valbuena:

"Lo cual, aún prescindiendo de la mala manera de decirlo, tiene cierta gracia.

Se marchaba de Madrid un zapatero remendón, que, por la condenada costumbre de emborracharse, habia sido despedido del portal donde cosia.

Y al bajar por la cuesta de la Vega, con su pobre equipaje al hombro, volvió la cara á la corte y exclamò con melancólica solemnidad:

—Adios, Madrid, que te quedas sin gente!

Es el mismo caso del señor Martinto.

Ha dejado él de creer, por causas bien fáciles de explicar, y se le antoja que ya no cree nadie.... Ha perdido él la fe, y dice muy formal que la fe se ha acabado...

Adios, Madrid, que te quedas sin gente... y se marchaba un zapatero de viejo„.

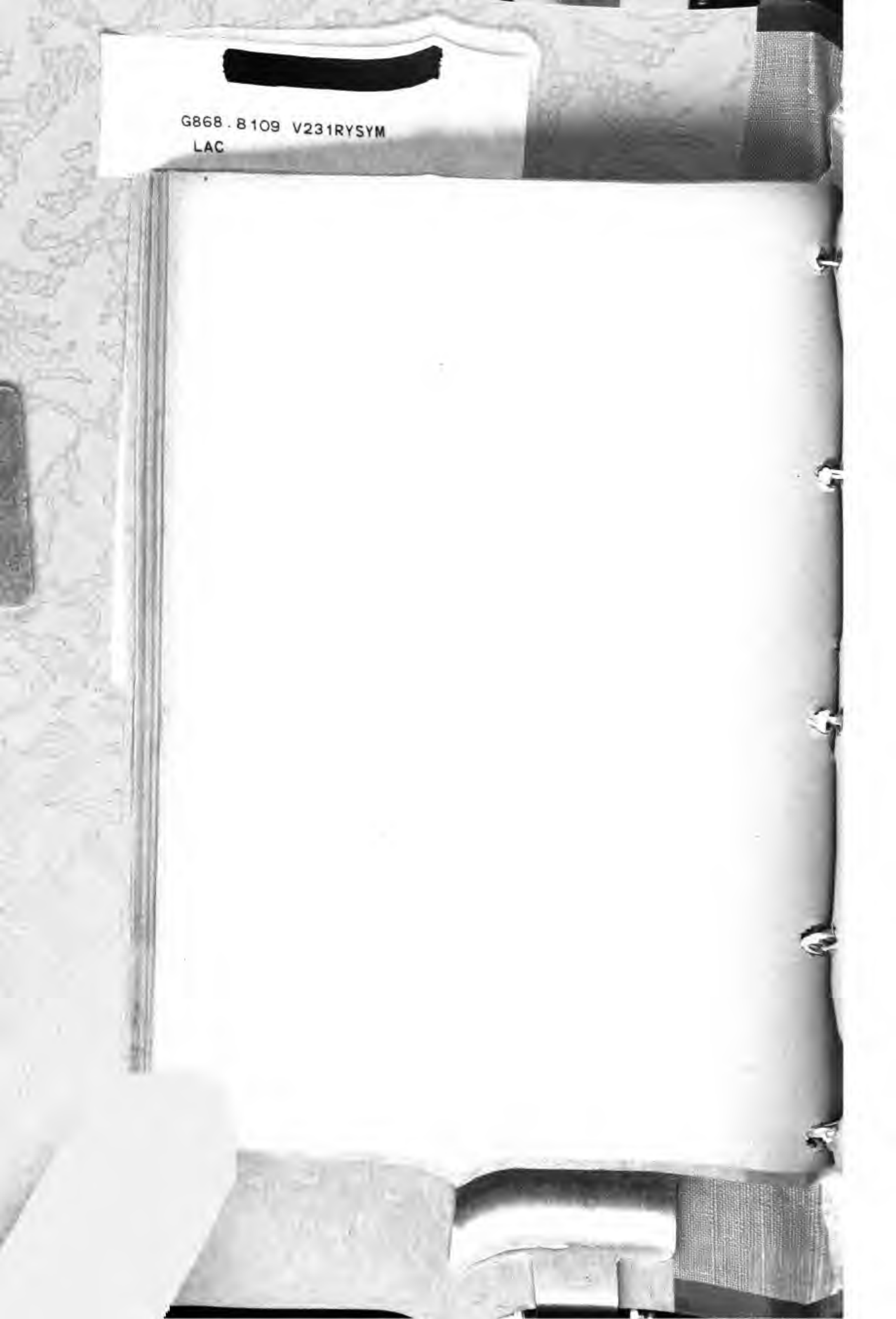
Y con esto, y el permiso del lector, concluiremos ya con las *reglas* del método Valbuenesco.

Esto no lo digo yo.

Lo dice don Abel. Y mal.

Por que si son diez las reglas de tal método, y las recorremos una por una, y llegamos á la décima, y la dejamos recorrida, *habrán concluido los reglas* AUNQUE EL LECTOR NO QUIERA PERMITIRLO.

—¡Don Abel, don Abel! ¿Acertará usted una?....


[redacted]
G868.8109 V231RYSYM
LAC





II

LA OBRA MAESTRA

Creo haber demostrado acabadamente en el capítulo anterior, que esas... cosas á que don Abel de Sorralto llama *reglas*, no son reglas; así como también que los ejemplos presentados por este no son ejemplos, ni siquiera de lo que se propuso demostrar.

Luego, pues, el trabajo hecho con sujeción á tales reglas, se destruye por su base.

Sin embargo de esto, que por sí solo basta para que no perdamos el tiempo en demostrar que está caído *lo que está en el suelo*, — dediquemos algunos minutos de análisis al ensayo que don Abel ha hecho del *Valbuenismo* aplicado á la célebre oda de Fray Luis de León.

Lo que abunda no daña, reza el proverbio; y en este caso, como en muchos otros, podria

decirse: Lo que abunda es bueno, siempre que la abundancia la constituyan juicios y razones, no desbordes groseros de la mala educación, de la ignorancia presentuosa, de pasiones innobles: ¡que esto, y más que callo, hay en el medio literario en que vivimos!

Como es posible que no todos los que lean esto hayan leido el folleto de don Abel, conviene instruir al lector del propósito que tuvo aquel en cuenta al publicarlo.

Don Antonio de Valbuena dice de las *poesías* de los señores Oyuela, de la Barra y Martinto, que son malas, marcando los disparates que contienen y señalando, además, las veces en que estos señores faltan á las reglas de gramática, de retórica y de poética.

Don Abel de Sorralto, que es muy amigo de estos señores, y que también está dado á libros.. de literatura, se sobresalta, se incomoda, y luego... se previene. ¿Cómo? Pretendiendo, claro que solo pretendiendo, colocar á Valbuena en un punto de vista desde el cual aparezca don Antonio necio, ignorante y mal intencionado.

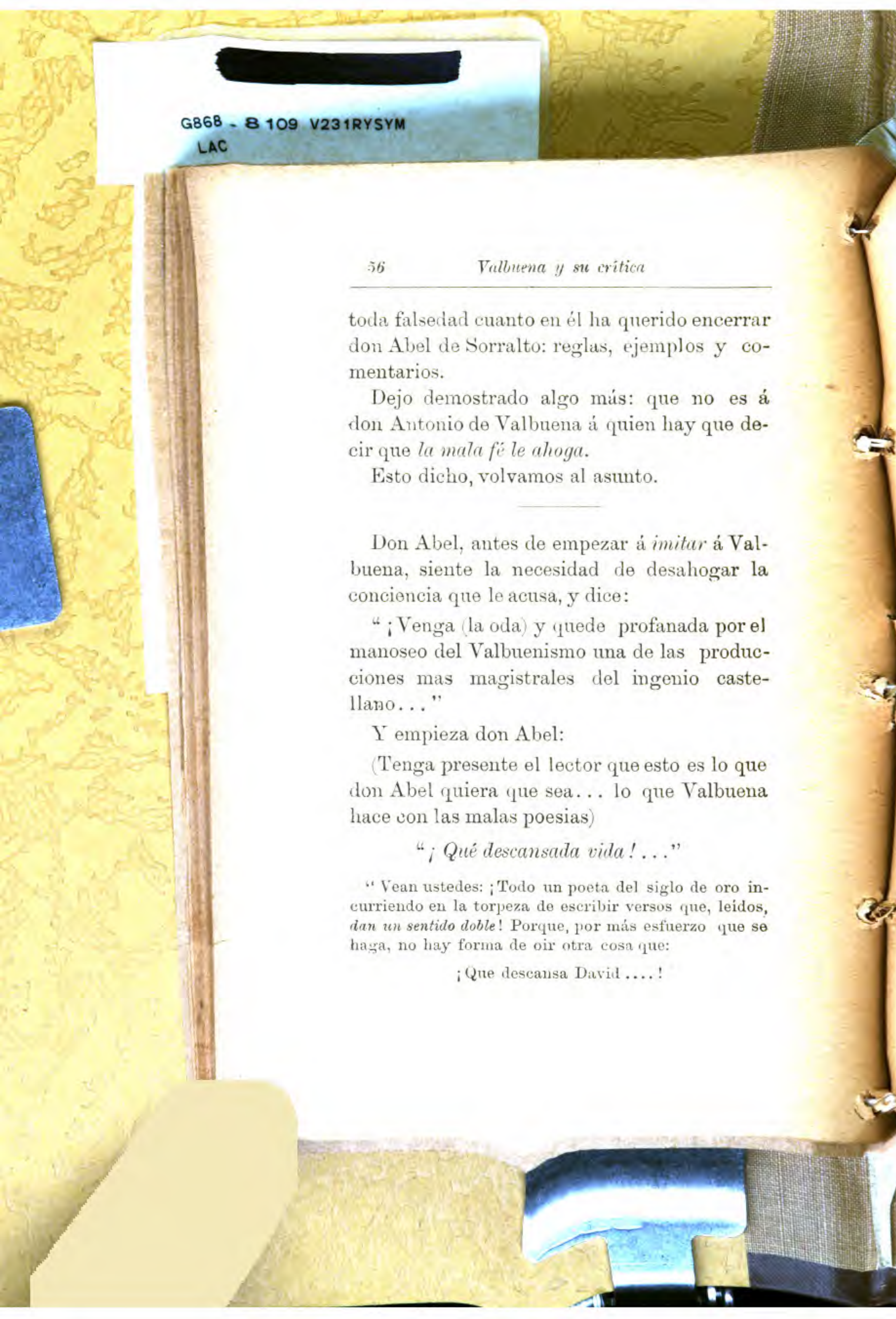
A este objeto, don Abel idea dos cosas:

1.ª — Defender á sus amigos;

2.ª — Inventar un *valbuenismo* que aplicado á una composición reconocidamente buena resulte mala.

El primer recurso, que sería simpático si fuera sincero, ya que no puede ser *justo*, nada trae á don Abel que sea beneficio. Es una defensa que ¡cosa más rara! no defiende: todas las objeciones de Valbuena quedan en pié. Verdad es que don Abel no opone á unas razones otras, como era de esperar; se limita á decir que eso que don Antonio llama feo, es bonito; y el crítico cuando juzga da razón de su juicio, y don Abel cuando rebate no dice otra cosa que *porque sí*...! Bien claro demuestra esto que lo que don Abel quiere, no es en rigor defender á sus amigos, que no tienen defensa en esta parte, — sino adelantar en provecho propio algo así como una escaramuza que proteja sus composiciones literarias, amenazadas (él lo creerá) de un ataque de Valbuena.

El otro recurso, el segundo, no es más feliz que el primero. Dejo demostrado en el examen que hago de semejante *sistema*, que es falso de



toda falsedad cuanto en él ha querido encerrar don Abel de Sorralto: reglas, ejemplos y comentarios.

Dejo demostrado algo más: que no es á don Antonio de Valbuena á quien hay que decir que *la mala fé le ahoga.*

Esto dicho, volvamos al asunto.

Don Abel, antes de empezar á *imitar* á Valbuena, siente la necesidad de desahogar la conciencia que le acusa, y dice:

" ¡Venga (la oda) y quede profanada por el manoseo del Valbuenismo una de las producciones mas magistrales del ingenio castellano. . . "

Y empieza don Abel:

(Tenga presente el lector que esto es lo que don Abel quiera que sea. . . lo que Valbuena hace con las malas poesias)

" *¡ Qué descansada vida ! . . .*"

" Vean ustedes: ¡Todo un poeta del siglo de oro incurriendo en la torpeza de escribir versos que, leidos, *dan un sentido doble*! Porque, por más esfuerzo que se haga, no hay forma de oir otra cosa que:

¡Que descansa David . . . . !

Esa *a* que sobra es, pues,
simple cola de ratón
que prueba que Luis de León
no vale como poeta
ni una mínima peseta."

¿Tiene esto comentario?....

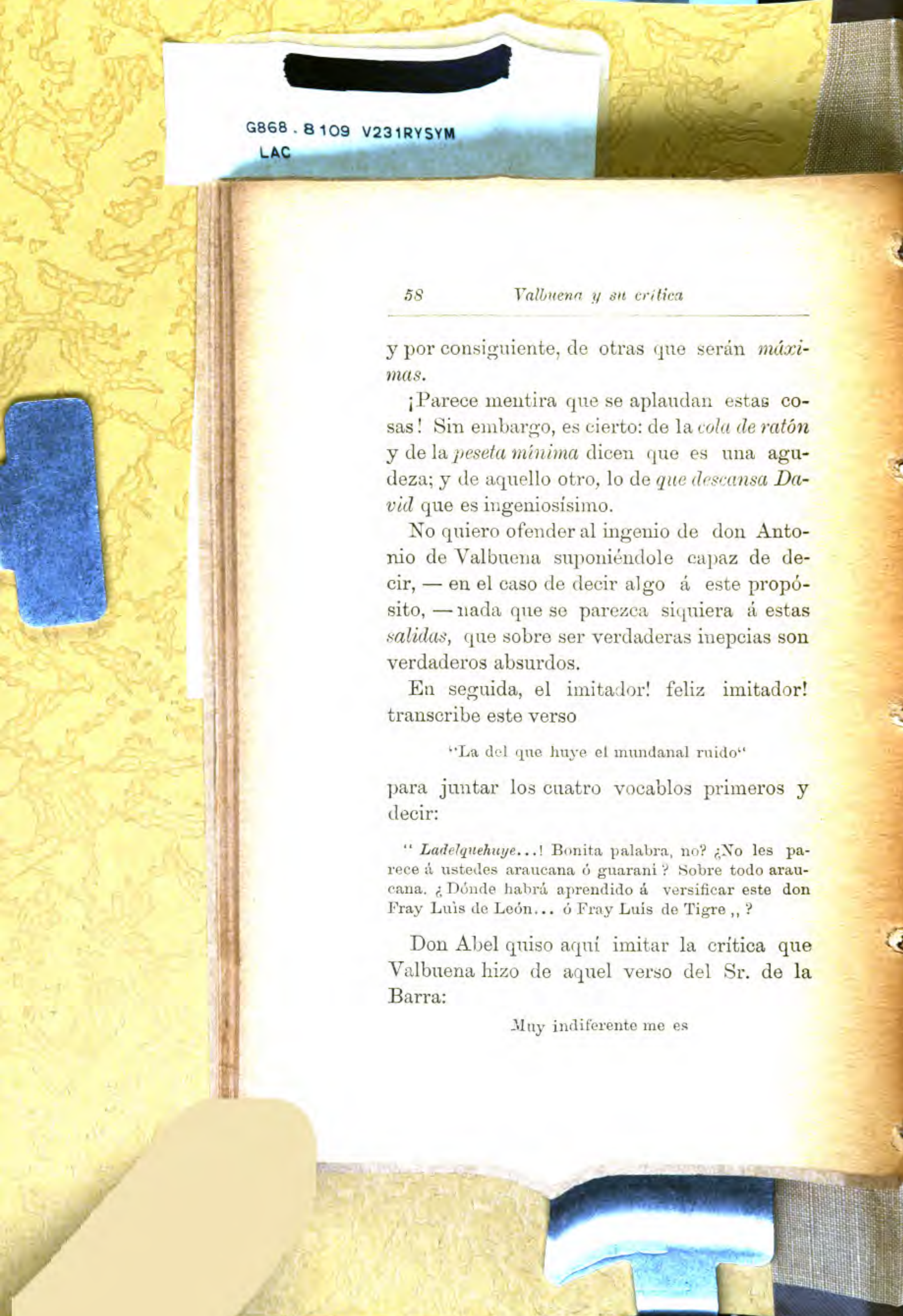
Sí que lo tiene. ¡Lástima que la cultura se oponga en este caso á llamar las cosas por su nombre!

Concretémonos, pues, á decir que don Abel demuestra en ello una ignorancia absoluta de lo que son acentos ortográficos, prosódicos y enfáticos; que no sabe palabra de lo que es *ritmo;* vamos, que hay que mandarle á la escuela á que le enseñen á deslindar el oficio y objeto de cada vocablo en la oración, con otras cosillas no menos necesarias para hablar de estas cosas.

Observe el lector que don Abel para decir del poeta que no lo es, dá como razón el que sobre esa *a*, que es la

prueba que Luis de León
no vale como poeta
ni una *mínima* peseta.

Donde aparte de lo fundamental de la razón, don Abel nos dá noticia de pesetas *mínimas*.



y por consiguiente, de otras que serán *máximas*.

¡Parece mentira que se aplaudan estas cosas! Sin embargo, es cierto: de la *cola de ratón* y de la *peseta mínima* dicen que es una agudeza; y de aquello otro, lo de *que descansa David* que es ingeniosísimo.

No quiero ofender al ingenio de don Antonio de Valbuena suponiéndole capaz de decir, — en el caso de decir algo á este propósito, — nada que se parezca siquiera á estas *salidas*, que sobre ser verdaderas inepcias son verdaderos absurdos.

En seguida, el imitador! feliz imitador! transcribe este verso

"La del que huye el mundanal ruido"

para juntar los cuatro vocablos primeros y decir:

" *Ladelquehuye*...! Bonita palabra, no? ¿No les parece á ustedes araucana ó guarani? Sobre todo araucana. ¿Dónde habrá aprendido á versificar este don Fray Luis de León... ó Fray Luis de Tigre ,, ?

Don Abel quiso aquí imitar la crítica que Valbuena hizo de aquel verso del Sr. de la Barra:

Muy indiferente me es

donde el crítico unió las palabras *me-es*, y dijo que no habia manera de pronunciar de otro modo que *mes*; y don Abel ha creido que esto era solo una gracia, sin sospechar que además de la gracia quiso decir y dijo á de la Barra: si leemos *me-es* no hay verso, se altera su medida; con que deje usted que leamos *mes*, si quiere que sea verso.....aunque quede usted en ridículo.

No es creíble, pues, que á don Antonio se le ocurriera semejante paparrucha.

Aquí lo único *gracioso* es....el *don* puesto á Fray!....¡Don Fray!

"Y sigue la escondida
Senda por donde han ido"

(Don Abel imitando á Valbuena) "*Ida é ido*... ¡Hum! Este me parece un *juego de palabras*, y, por cierto, que bastante estùpido. „

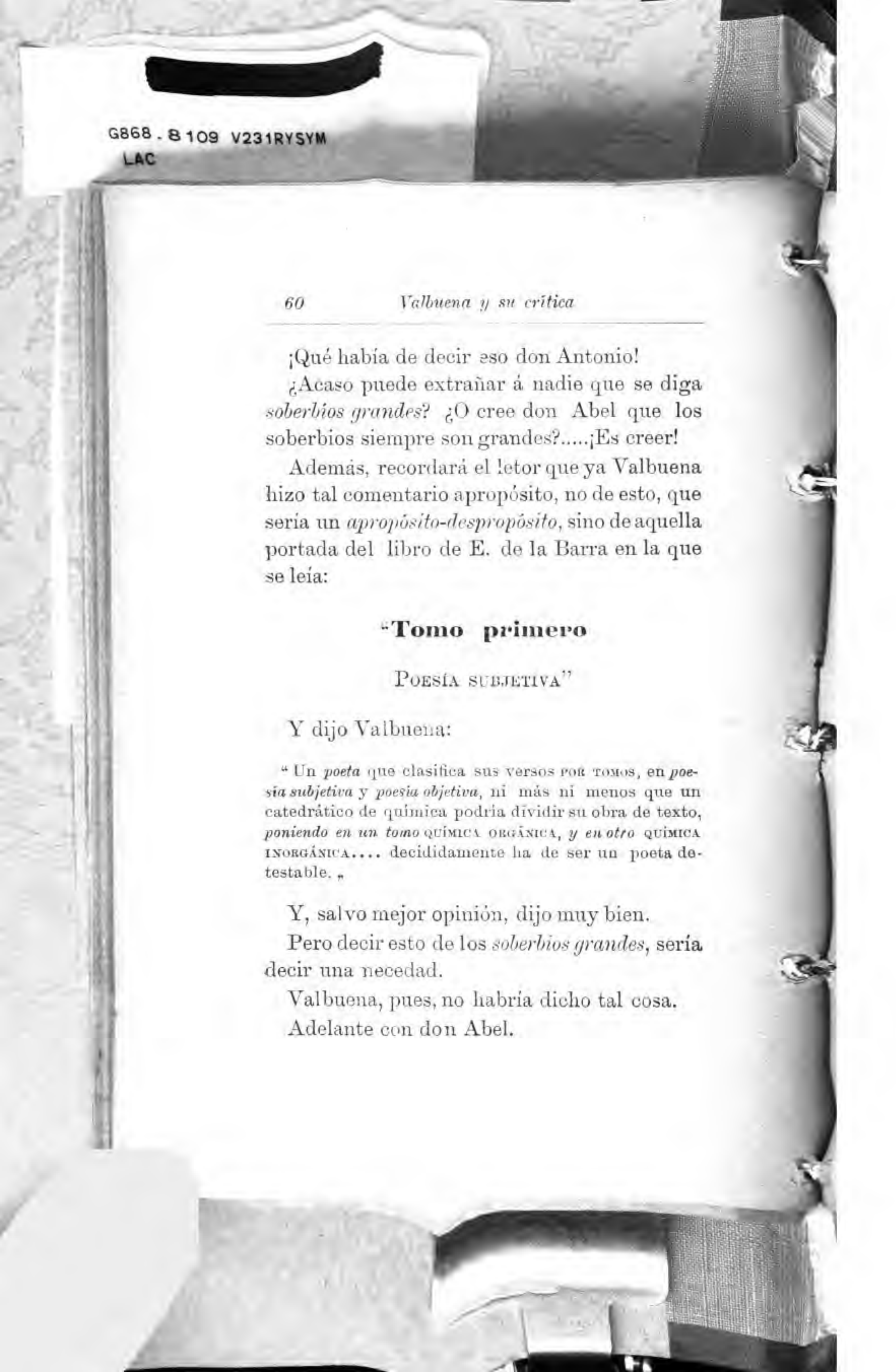
Sí, señor: bastante estúpido....

"Que no le enturbia el pecho
De los *soberbios grandes* el estado..."

Y dice don Abel que Valbuena diría:

" ¡ Vamos ! Un poeta que *clasifica* á los soberbios en grandes y en chicos ni más ni menos que un catedrático de química podría dividir su obra de texto en *Química orgánica* y en *Química inorgánica*... decididamente... tiene que ser un poeta detestable ! „





¡Qué había de decir eso don Antonio!

¿Acaso puede extrañar á nadie que se diga *soberbios grandes*? ¿O cree don Abel que los soberbios siempre son grandes?.....¡Es creer!

Además, recordará el letor que ya Valbuena hizo tal comentario apropósito, no de esto, que sería un *apropósito-despropósito*, sino de aquella portada del libro de E. de la Barra en la que se leía:

"Tomo primero

POESÍA SUBJETIVA"

Y dijo Valbuena:

" Un *poeta* que clasifica sus versos POR TOMOS, en *poesía subjetiva* y *poesía objetiva*, ni más ni menos que un catedrático de química podría dividir su obra de texto, *poniendo en un tomo* QUÍMICA ORGÁNICA, *y en otro* QUÍMICA INORGÁNICA.... decididamente ha de ser un poeta detestable. "

Y, salvo mejor opinión, dijo muy bien.

Pero decir esto de los *soberbios grandes*, sería decir una necedad.

Valbuena, pues, no habría dicho tal cosa.

Adelante con don Abel.

"Ni del dorado techo
Se admira, fabricado
Del sabio moro, en jaspes sustentado."

—¡Sarta de desatinos!—dice don Abel que exclamaría Valbuena.

Si. Probablemente habría de ser esta la exclamación de don Antonio....si se enterara de cómo los copia don Abel, que es de esta manera:

Ni del *dorado* techo
Se admira, *fabricado,*
Del *sabio moro* en jaspe *sustentado.*

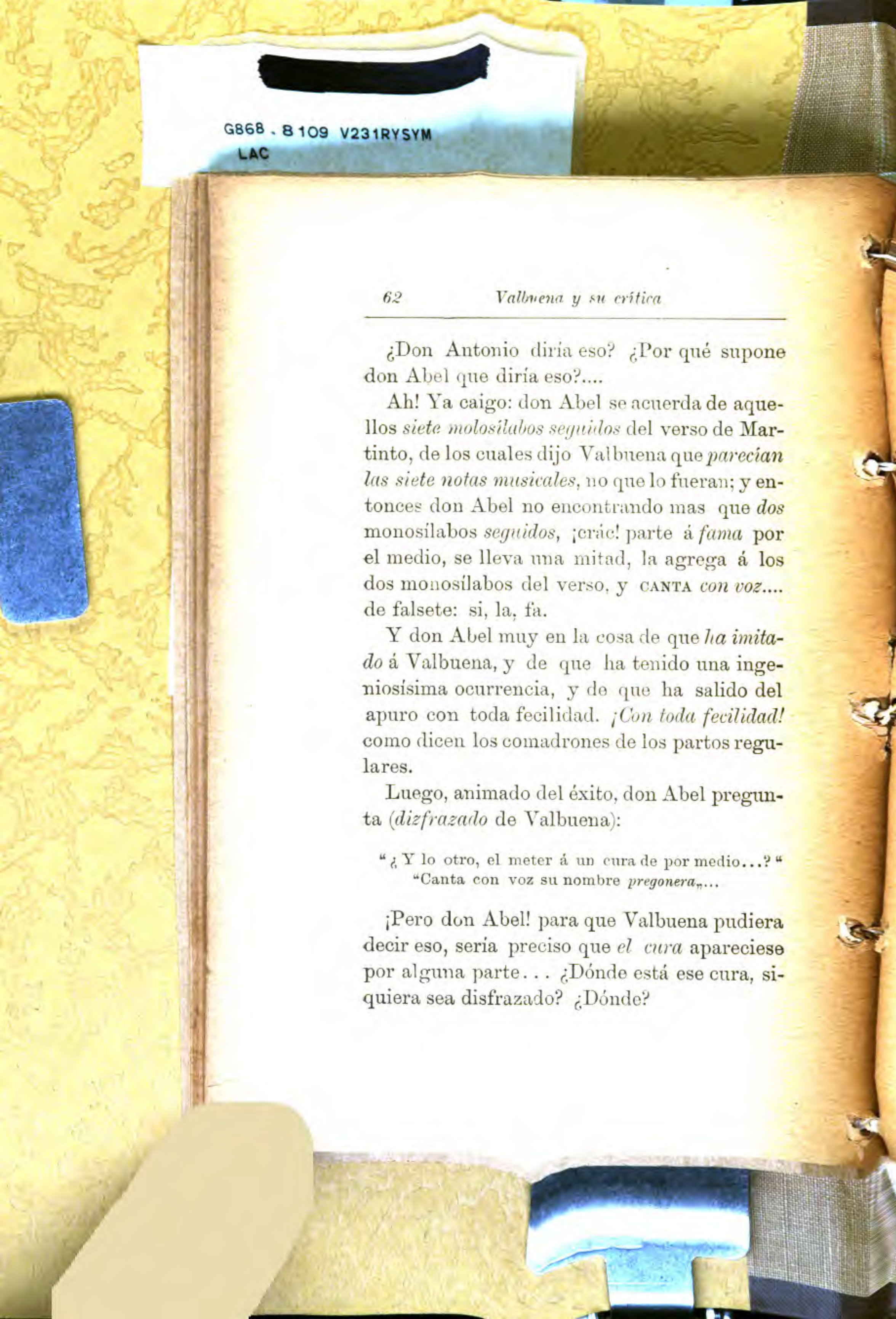
Donde la colocación de las comas convierte á tan claros conceptos en un galimatías indescifrable.

¡Vamos! que don Abel, en cuanto *copista,* tampoco es muy escrupuloso.

"No cura si la fama
Canta con voz..."

(Don Abel *imitando* á Valbuena "Y ¿con qué quería Vd. que cantara, pedazo de bárbaro? ¡Y á fe que de cantar se trata! La prueba la da Vd. en aquello de escribir tres notas musicales seguidas: *si, la. fa.* „

"¡Peor, pues, mucho peor es esto que lo del americano ***Mar...*** *oscuro,* quien apenas si llegó á escribir una. „



¿Don Antonio diría eso? ¿Por qué supone don Abel que diría eso?....

Ah! Ya caigo: don Abel se acuerda de aquellos *siete molosílabos seguidos* del verso de Martinto, de los cuales dijo Valbuena que *parecían las siete notas musicales*, no que lo fueran; y entonces don Abel no encontrando mas que *dos* monosílabos *seguidos*, ¡crác! parte á *fama* por el medio, se lleva una mitad, la agrega á los dos monosílabos del verso, y CANTA *con voz....* de falsete: si, la, fa.

Y don Abel muy en la cosa de que *ha imitado* á Valbuena, y de que ha tenido una ingeniosísima ocurrencia, y de que ha salido del apuro con toda fecilidad. *¡Con toda fecilidad!* como dicen los comadrones de los partos regulares.

Luego, animado del éxito, don Abel pregunta (*dizfrazado* de Valbuena):

"¿Y lo otro, el meter á un cura de por medio...?"
"Canta con voz su nombre *pregonera*"...

¡Pero don Abel! para que Valbuena pudiera decir eso, sería preciso que *el cura* apareciese por alguna parte... ¿Dónde está ese cura, siquiera sea disfrazado? ¿Dónde?

Solo que don Abel crea que PREGONERA vale tanto como decir *cura*...

O que, como dice más adelante, el cura se llame *pregón*, por aquello de "Su nombre *pregon era.*"...

O que... ¡Nada, nada! El cura no parece por ninguna parte. En el verso

Canta con voz su nombre pregonera

no hay cura de ninguna clase.

Como no hay cura... en ciertas enfermedades del cerebro.

Que en el verso siguiente

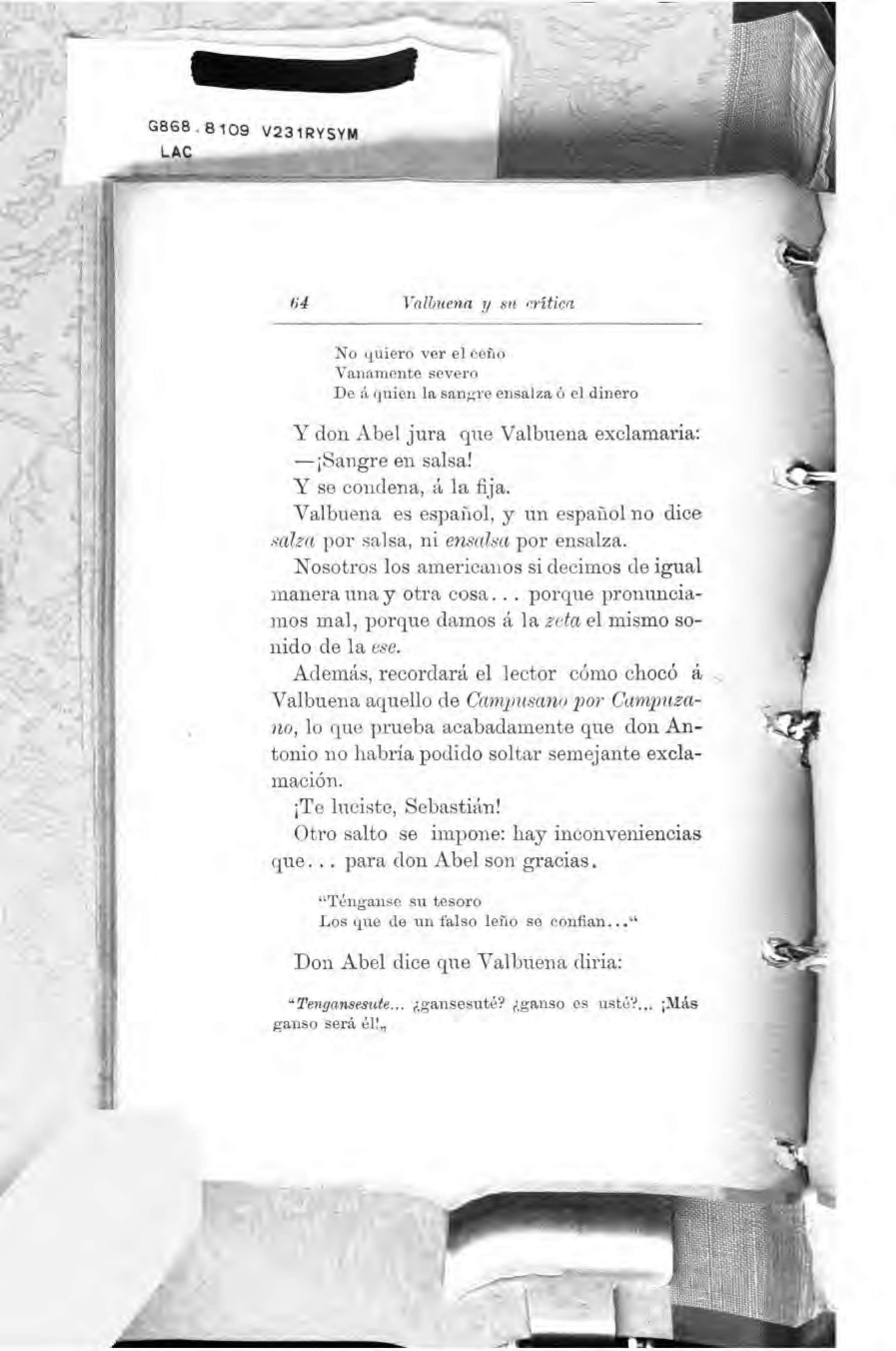
ni cura si encarama (1)

hubiese dicho don Abel eso del *cura*... pase! Habria sido siempre una tontería, pero no un disparate.

Y entre decir tonterías ó disparates, siempre será menos malo lo primero.

Pasemos por encima de algo que afecta la decencia que todo escritor debe observar en sus pensamientos y palabras, y vengamos á esto:

(1) Don Abel escribe: *no cura si encarama*; pero ya sabemos todos cómo copia *la mascarita*.



No quiero ver el ceño
Vanamente severo
De á quien la sangre ensalza ó el dinero

Y don Abel jura que Valbuena exclamaria:

—¡Sangre en salsa!

Y se condena, á la fija.

Valbuena es español, y un español no dice *salza* por salsa, ni *ensalsa* por ensalza.

Nosotros los americanos si decimos de igual manera una y otra cosa... porque pronunciamos mal, porque damos á la *zeta* el mismo sonido de la *ese*.

Además, recordará el lector cómo chocó á Valbuena aquello de *Campusano por Campuzano*, lo que prueba acabadamente que don Antonio no habría podido soltar semejante exclamación.

¡Te luciste, Sebastián!

Otro salto se impone: hay inconveniencias que... para don Abel son gracias.

"Ténganse su tesoro
Los que de un falso leño se confian..."

Don Abel dice que Valbuena diria:

"*Tengansesute*... ¿gansesuté? ¿ganso es usté?... ¡Más ganso será él!"

Sí, de acuerdo. Valbuena dirá seguramente:

—¡Más ganso será él!

> "No es mio ver el lloro
> De los que desconfian
> Cuando el cierzo y el ábrego porfian."

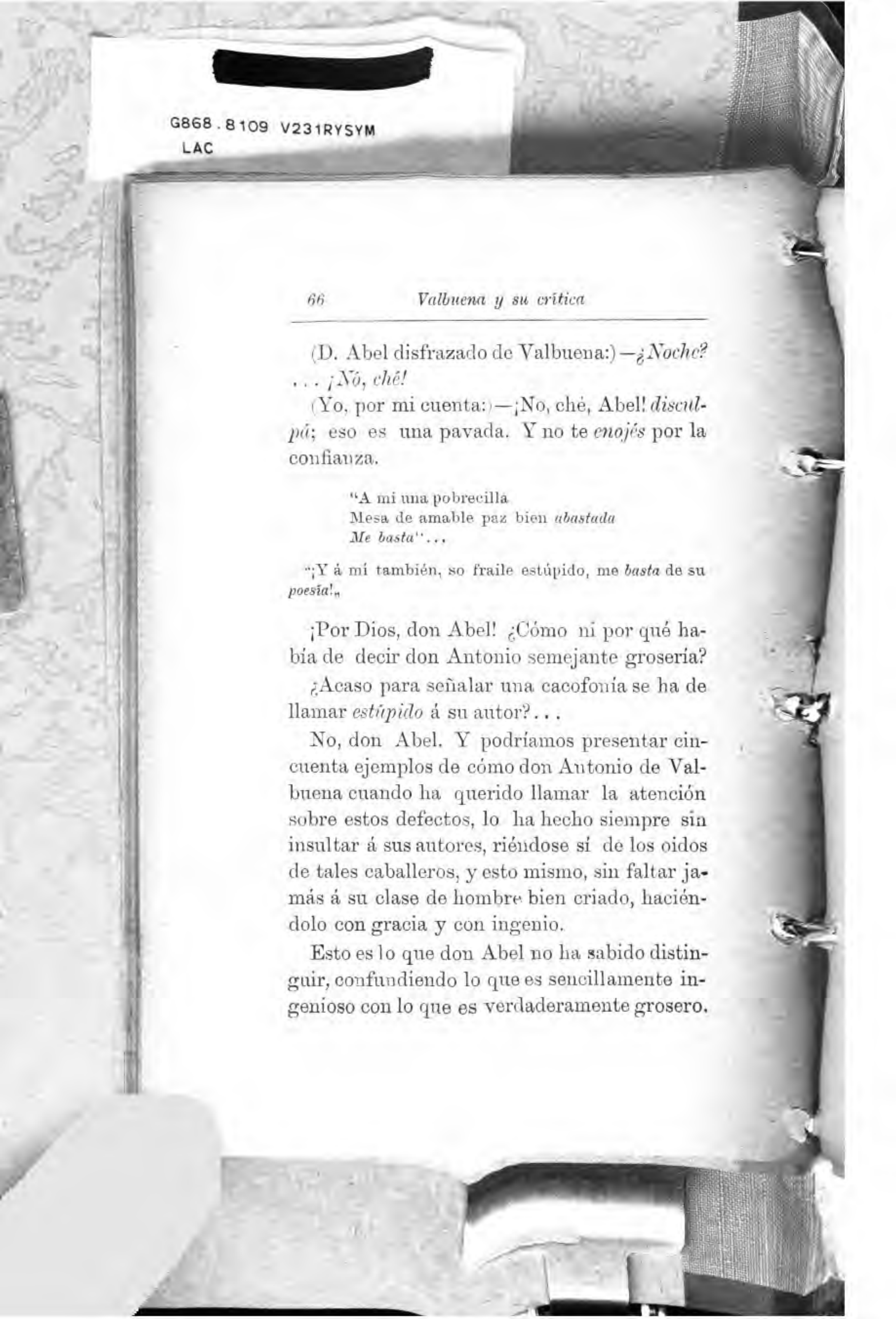
"Cuando *el cierzo y el a*: ¿Cuando el cierzo hiela?.... Ambiguedad„.

Pero ¿cómo puede creer este don Abel que Valbuena habia de hacer semejante objeción?

Admitiendo, en hipótesis, que don Abel pueda formar una palabra de las sílabas Y, EL, Á, dejando cojo á *ábrego*, nunca resultaria ambigüedad, como él dice, porque nunca podría entenderse *hiela*, palabra llana, por *yelá*, palabra aguda; además de que *hie* no puede nunca sonar como *ye*. ¿O don Abel no sabe como suena la y griega cuando hace oficio de consonante?... ¡Todo puede ser!

Pero no que don Antonio hiciera objeción semejante, que importaria demostrar lo poco que se conoce de gramática. Y Valbuena, mi don Abel amigo, sabe mucha gramática.

> "La combatida antena
> Cruje, y en ciega *noche* el claro dia. ."



(D. Abel disfrazado de Valbuena:)—¿*Noche?* . . . ¡*Nö, ché!*

(Yo, por mi cuenta:)—¡No, ché, Abel! *disculpá*; eso es una pavada. Y no te *enojés* por la confianza.

> "A mí una pobrecilla
> Mesa de amable paz bien *abastada*
> *Me basta*"...
>
> "¡Y á mí también, so fraile estúpido, me *basta* de su *poesía*!"

¡Por Dios, don Abel! ¿Cómo ni por qué había de decir don Antonio semejante grosería?

¿Acaso para señalar una cacofonía se ha de llamar *estúpido* á su autor?...

No, don Abel. Y podríamos presentar cincuenta ejemplos de cómo don Antonio de Valbuena cuando ha querido llamar la atención sobre estos defectos, lo ha hecho siempre sin insultar á sus autores, riéndose sí de los oidos de tales caballeros, y esto mismo, sin faltar jamás á su clase de hombre bien criado, haciéndolo con gracia y con ingenio.

Esto es lo que don Abel no ha sabido distinguir, confundiendo lo que es sencillamente ingenioso con lo que es verdaderamente grosero.

Y la prueba de esta confusión en don Abel la tenemos aquí, en la mano, como quien dice.

Véase sino el final de este *ensayo valbuenesco*.

Dice Fray Luis de León:

"A la sombra tendido,
De hiedra y lauro eterno coronado,
Puesto atento el oido (1)
Al son dulce, acordado,
Del plectro sabiamente meneado."

Y dice don Abel, *ensayando* de Valbuena:

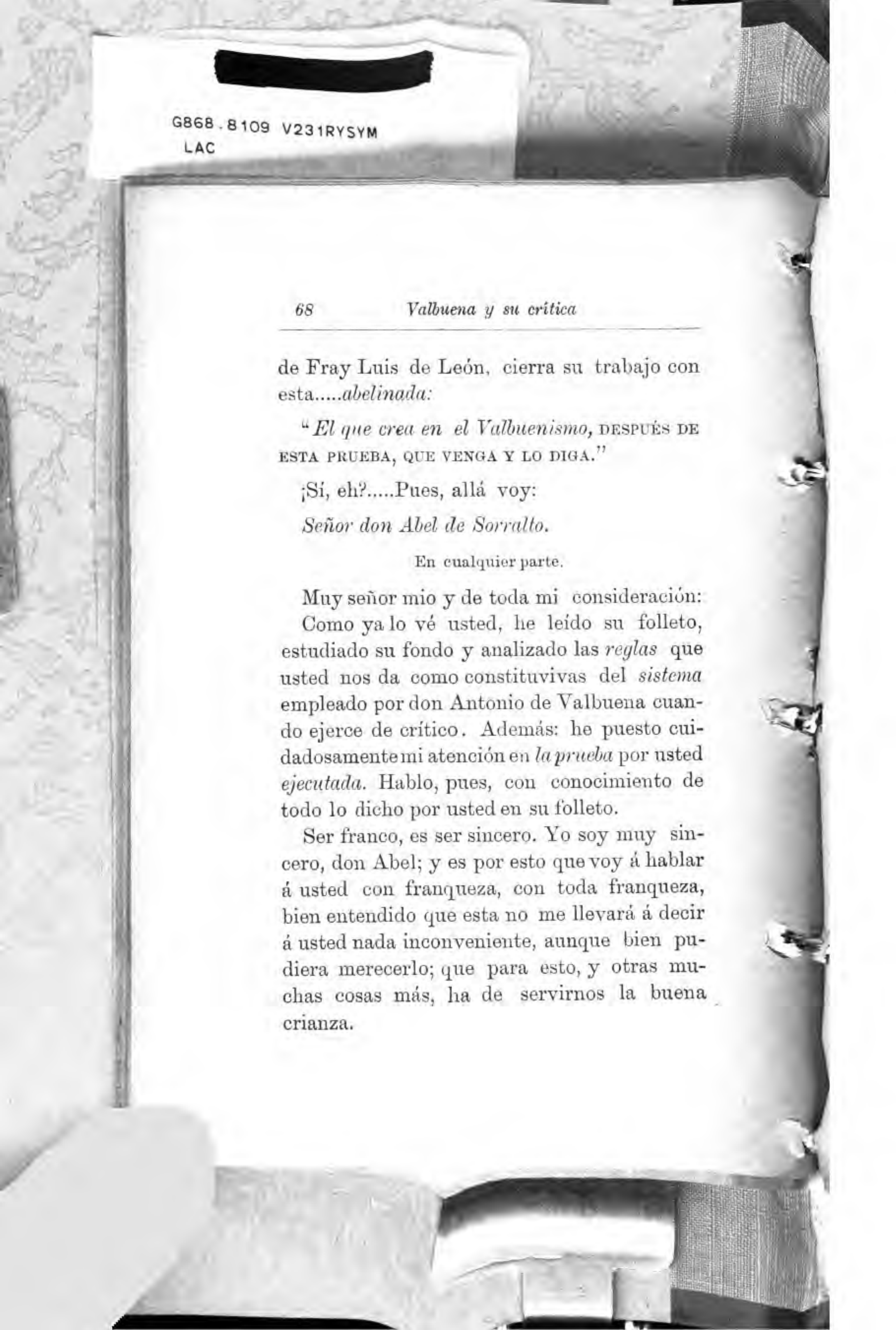
Y yo le deseo que viva V:

"A la sombra tendido
De *alfalfa y cardo tierno* coronado,
Puesto el atento oido
Al son dulce, acordado
De un palo sabiamente meneado."

¡Don Abel! don Abel!......¡¡Lástima de un Caín!!

Don Abel de Sorralto, ensayado el valbuenismo (es decir, lo que él cree ó quiere que crean que es el *valbuenismo*) en la célebre oda

(1) Don Abel copia: Puesto *el atento* oido; y el verso dice: Puesto atento *el oido*. Que no es lo mismo.



de Fray Luis de León, cierra su trabajo con esta.....*abelinada:*

"*El que crea en el Valbuenismo,* DESPUÉS DE ESTA PRUEBA, QUE VENGA Y LO DIGA."

¡Sí, eh?.....Pues, allá voy:

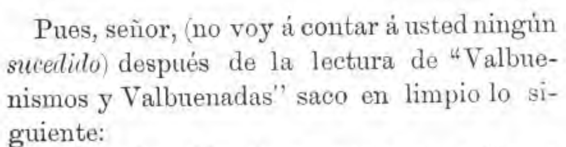
Señor don Abel de Sorralto.

En cualquier parte.

Muy señor mio y de toda mi consideración:

Como ya lo vé usted, he leído su folleto, estudiado su fondo y analizado las *reglas* que usted nos da como constituvivas del *sistema* empleado por don Antonio de Valbuena cuando ejerce de crítico. Además: he puesto cuidadosamente mi atención en *la prueba* por usted *ejecutada.* Hablo, pues, con conocimiento de todo lo dicho por usted en su folleto.

Ser franco, es ser sincero. Yo soy muy sincero, don Abel; y es por esto que voy á hablar á usted con franqueza, con toda franqueza, bien entendido que esta no me llevará á decir á usted nada inconveniente, aunque bien pudiera merecerlo; que para esto, y otras muchas cosas más, ha de servirnos la buena crianza.



Pues, señor, (no voy á contar á usted ningún *sucedido*) después de la lectura de "Valbuenismos y Valbuenadas" saco en limpio lo siguiente:

1º Que ha sido de su parte un esfuerzo absolutamente inútil al fin propuesto, esto es: demostrar que la crítica de don Antonio de Valbuena es un conjunto de insultos, necedades y supercherías al que sirve de base una mala fé irritante.

2º Que además de inútil ha sido contraproducente, desde que todo lo presentado por usted como ejemplos de reglas.....deducidas por usted también, nos ha puesto en el caso de juzgar de la falsedad que contiene, cuando hemos querido su comprobación;

3º Que la aplicación de este su *Valbuenismo* á la oda de Fray Luis de León es un verdadero descalabro para su reputación de *distinguido hombre de letras y eminente literato*, por cuanto ella importa manifestar bien claramente que no es usted muy versado en *achaques literarios.*

4º Que no ha sabido usted *distinguir de colores*, cuando cree que la citada oda es presentada como un modelo de perfección, siendo



así que se ofrece como el mejor ejemplo en cuanto á la elección de los pensamientos y las expresiones, oportunidad de las formas oratorias que piden el asunto, buena coordinación de las cláusulas, y *muy principalmente por la suavidad ó armonía* de las palabras, que dan á la composición un tono musical que atrae y embelesa, envolviendo el espíritu en ondas de dulce paz y plácido contento. Que no es perfecta del punto de vista artístico, lo vé cualquiera en sus asonancias, en sus cacofonías, y en la muy singular licencia de dividir el adverbio *miserablemente*, cuando dice:

Y mientras *miserable*—
Mente se están los otros abrasando.

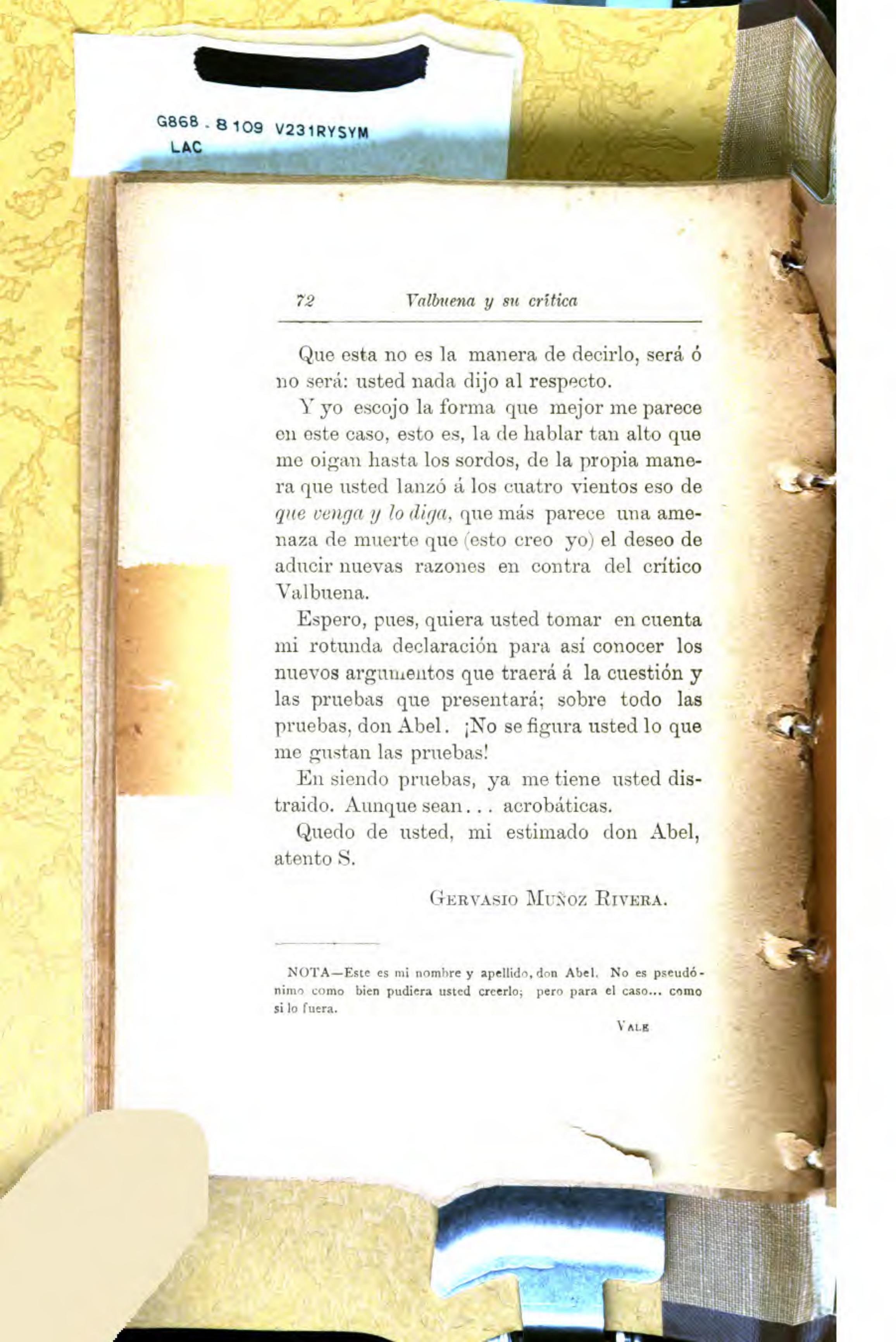
Por supuesto, que tales defectos, con ser defectos de arte, como son, nada valen ni significan ante los muchos méritos que contiene. Y es por esta razón que la crítica de tales defectos sería una impertinencia, una majadería en boca de cualquiera; y también esta la razón de por qué se disculpan tales faltas;

5º Que no le vendrían mal á usted algunos repasillos á la gramática y particularmente á la filosofía, en aquella parte que trata de la *lógica*, para que así pueda usted *discurrir*

(como dice su amigo el General Mansilla por decir *razonar*) ordenada y juiciosamente.

Bien comprenderá usted, mi estimado don Abel, que después de tales impresiones como las que dejo enumeradas, yo sigo creyendo —y ahora con más fuerza— en la crítica de don Antonio de Valbuena, tan instructiva, tan dentro del arte, y tan necesaria como es en estos tiempos que corren, donde todo se embrolla, se mistifica y se adultera, desde el vino que bebemos hasta las reputaciones, nadando todo, hombres y cosas, en un mar de mentiras, y adulaciones, y compadrazgos.

Deseo no molestar á usted con semejante modo de opinar. Se lo doy á conocer porque usted quiere que así sea, porque usted lo pide cuando dice que el que crea en el *valbuenismo* después de su prueba, que salte y hable. Yo sigo creyendo, y lo digo; y además, doy mis razones. No me venga luego con que "¿y á usted quién lo llama?" ni con lo otro de "¿quién le pregunta cuántos año tiene?". Yo respondo porque me llaman, porque soy de los creyentes; y usted, don Abel, quiere que los que no hayan dejado de serlo, lo digan. Y yo lo digo á voz en grito.



Que esta no es la manera de decirlo, será ó no será: usted nada dijo al respecto.

Y yo escojo la forma que mejor me parece en este caso, esto es, la de hablar tan alto que me oigan hasta los sordos, de la propia manera que usted lanzó á los cuatro vientos eso de *que venga y lo diga*, que más parece una amenaza de muerte que (esto creo yo) el deseo de aducir nuevas razones en contra del crítico Valbuena.

Espero, pues, quiera usted tomar en cuenta mi rotunda declaración para así conocer los nuevos argumentos que traerá á la cuestión y las pruebas que presentará; sobre todo las pruebas, don Abel. ¡No se figura usted lo que me gustan las pruebas!

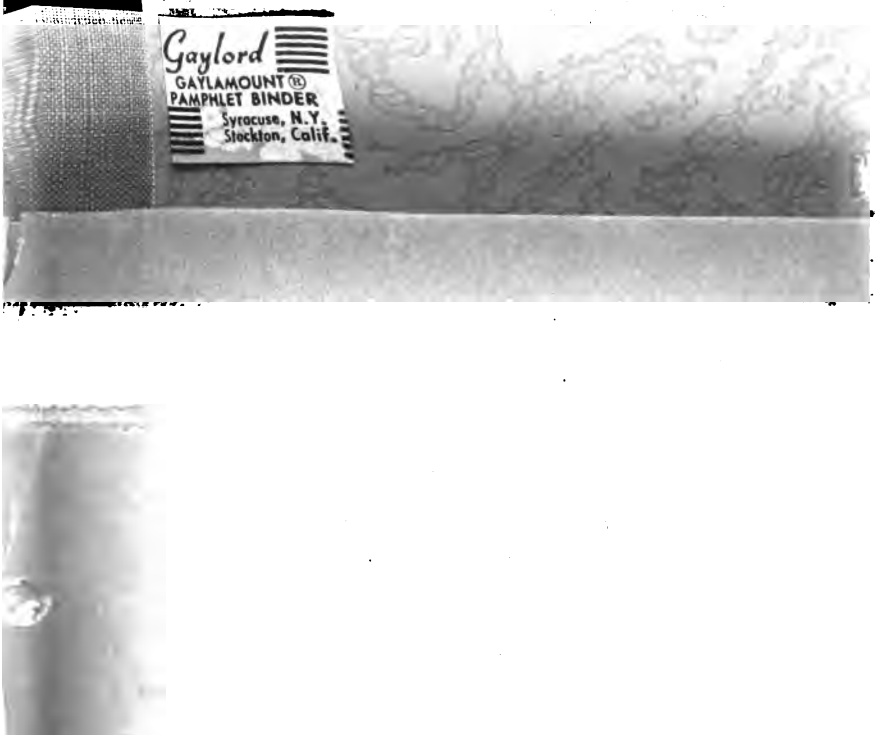
En siendo pruebas, ya me tiene usted distraido. Aunque sean... acrobáticas.

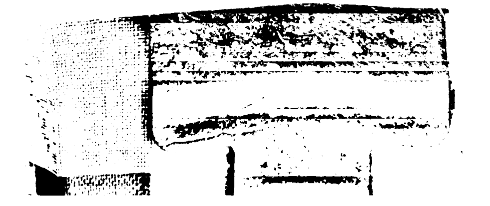
Quedo de usted, mi estimado don Abel, atento S.

GERVASIO MUÑOZ RIVERA.

NOTA—Este es mi nombre y apellido, don Abel. No es pseudónimo como bien pudiera usted creerlo; pero para el caso... como si lo fuera.

VALE


Gaylord
GAYLAMOUNT ®
PAMPHLET BINDER
Syracuse, N.Y.
Stockton, Calif.

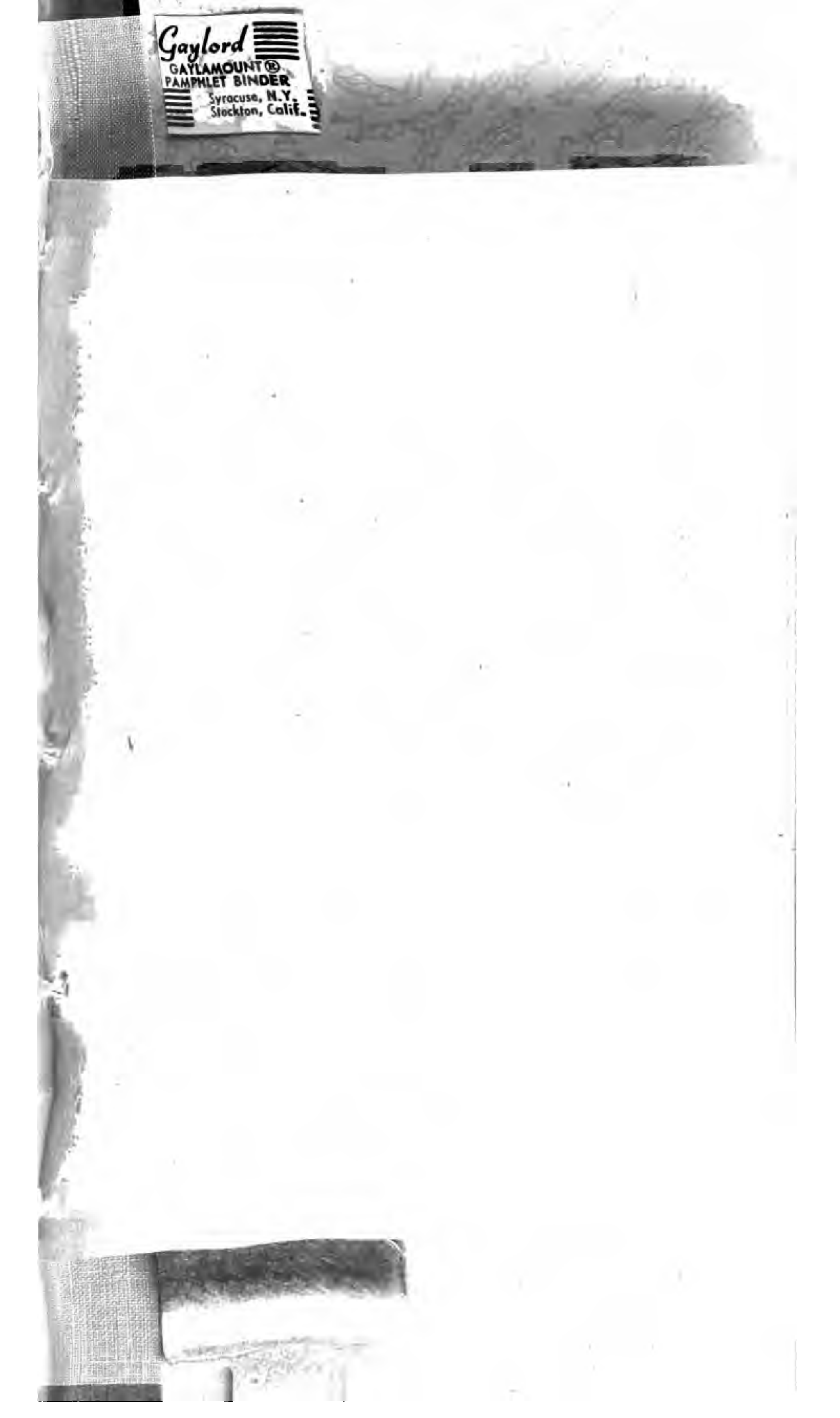


En preparación

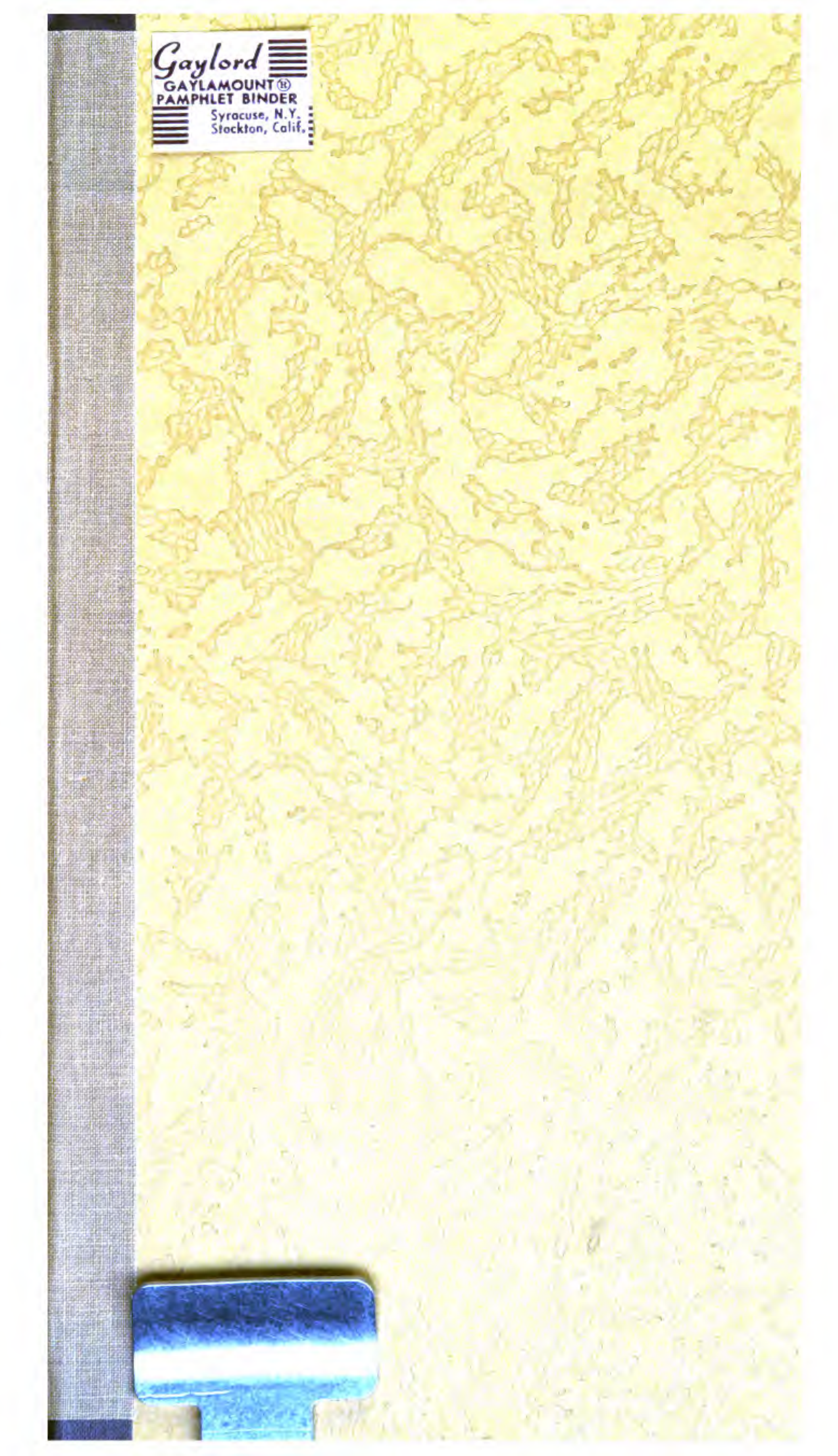
GUERRILLAS

DEL MISMO AUTOR

Imp. Roma de Juan Carbone, Cuyo 852-56


Gaylord
GAYLAMOUNT®
PAMPHLET BINDER
Syracuse, N.Y.
Stockton, Calif.


[redacted]
G868.8109 V231RYSYM
LAC


Gaylord
GAYLAMOUNT®
PAMPHLET BINDER
Syracuse, N.Y.
Stockton, Calif.